EL TEATRO
MODERNO

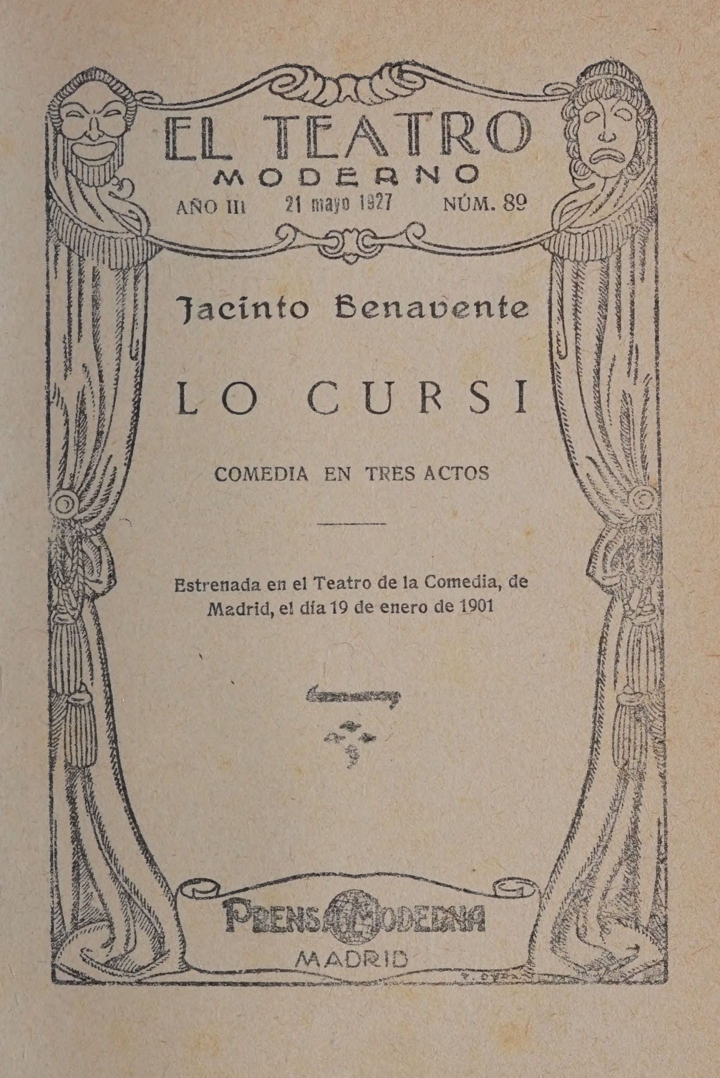


Lo cursi.

JACINTO · BENAVENTE

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS



EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 21 mayo 1927 NÚM. 8º
Jacinto Benavente
LO CURSI
COMEDIA EN TRES ACTOS
Estrenada en el Teatro de la Comedia, de
Madrid, el día 19 de enero de 1901
PRENSA MODERNA
MADRID

A D. Benito Pérez Galdós,

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosario	*Sra. Pino.*
Doña Flora	" *Rodríguez.*
Valentina	" *Domínguez.*
Lola	*Srta. Catalá.*
Asunción	" *Bremón.*
Agustín	*Sr. García Ortega.*
El Marqués de Villa-Torres	" *Vallés.*
Don Gasparito	" *Rubio.*
Carlos	" *González.*
Félix	" *La Riva.*
Un criado	" *Castro.*

La acción en Madrid.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de Agustín.

ESCENA I

Agustín, sentado, leyendo un periódico. *Rosario.*

ROSARIO.—*(Entrando.)* ¡Ah! ¿Estabas en casa? Me alegro. Así me dirás lo que te parezco.
AGUSTIN.—¿Tú?
ROSARIO.—¿Yo? No; este vestido. Es gusto mío; un ensayo que me he atrevido a hacer de mi gusto... Como siempre encuentras algo...
AGUSTIN.—¿Yo? No. Son bromas. Cualquiera dirá que te impongo mis gustos. En eso y en todo eres dueña de tus acciones. ¡No faltaba más!
ROSARIO.—Ya lo sé. Pero como tú entiendes más que yo... de todo...
AGUSTIN.—*(Fijándose en el vestido.)* Está bien.
ROSARIO.—¿Bien, bien?
AGUSTIN.—Muy bien.
ROSARIO.—Pues es gusto mío. La modista me enseñó otro modelo; ella decía que era más bonito; pero yo no sé qué le encontraba. Y como tú dices que las modistas no saben dar estilo, y el estilo debe ser cosa propia de uno, que sin estilo no hay distinción posible...
AGUSTIN.—¿Yo te he dicho todo eso?
ROSARIO.—A mí, no. Lo dijiste un día en general, hablando del modo de vestirse. Tú crees que yo no tomo en cuenta lo que dices, aunque no me lo digas a mí directamente.
AGUSTIN.—Ya, ya veo...
ROSARIO.—A mí, no. A mí nunca me dices nada.
AGUSTIN.—¡Qué tonta! Yo no tengo por qué darte lecciones.

ROSARIO.—De esas cosas, sí. Yo no he viajado apenas; no he vivido siempre en Madrid, como tú. Soy una provinciana todavía. En mi familia, sí, es verdad, vivíamos siempre esclavos de la etiqueta; ya sabes mi pobre abuela cómo tenía montada su casa; pero todo a la antigua, etiqueterías del año uno.

AGUSTIN.—No; distinción, verdadera distinción. Tu abuela era una gran señora. Aquella severidad de su palacio; aquellos criados venerables, con sus casacones; los estrados de damasco; los grandes candelabros de plata; los braseros de cobre... ¡Oh! Aquello sí que tenía estilo; allí, ni luz eléctrica, ni timbres, ni teléfonos; nada de esta ferretería progresista tan antipática y tan cursi.

ROSARIO.—Ahora dices eso, y otras veces reniegas de todo lo antiguo; dices que estamos en un país atrasadísimo; que los trenes andan muy despacio..., y otras veces, que el tren es una cosa horrible, que era más bonito viajar en silla de postas..., y oyendo y viendo todo esto, ¿quieres que yo me dé cuenta de lo que es distinguido y de buen gusto? ¿Y extrañas que te pregunte a cada paso? ¡Cualquiera pregunta de una vez para siempre! Si a cada instante varía lo distinguido...

AGUSTIN.—*(Riendo.)* ¡Si pensara uno siempre lo mismo!... Así es el espíritu moderno: curioso de todo, quisiera vivir en un instante toda la vida pasada y toda la vida futura. Ya ves nuestras casas: desde el tapiz flamenco a las telas Liberty; desde el sitial de un coro de catedral gótica al mueblecillo ligero "modern style", todas las formas, todos los estilos; por eso dicen que la vida moderna no tiene carácter; como si el no tenerlo no fuera un carácter como otro cualquiera... No, no te sientes. He terminado. ¡Vaya un discursito! Luego dirás que nunca te digo nada.

ROSARIO.—Yo estaría siempre oyéndote.

AGUSTIN.—¿Esperas a alguien? ¿No vas a salir?...

ROSARIO.—Pero aún es temprano. ¿Tú no sales? ¿Almuerzas aquí hoy?

AGUSTIN.—Sí; tengo convidados.

ROSARIO.—¿Convidados? No me has dicho nada. ¿Quién?

AGUSTIN.—Tía Valentina con las chicas, papá, Gas-

parito, Carlos, Félix. Quedamos en ir al Pardo en el "mail-coach". Ya sabes que Lola aprende a guiar cuatro caballos. Almorzamos aquí para reunirnos todos, y en seguida salimos.

ROSARIO.—Pero, hombre, ¡qué cosas tienes! No me dices nada, y yo, sin saberlo, prometí a Flora que hoy almorzaría en su casa. Como sé que no te divierte venir, no te dije nada. Y ahora, ¿qué hago? Ya sabes cómo es tía Flora; con su manía de que no la queremos, si ahora le aviso que no voy, creerá que es un pretexto.

AGUSTIN.—Pero no dejes de ir. ¡Qué tontería!

ROSARIO.—Dí lo que quieras. Pero faltar yo al almuerzo habiendo convidados, aunque sean de la familia, me parece... demasiado moderno. Así es que me quedo. Pondré dos letras a tía Flora. *(Llama y sale un criado.)* No salgo; que desenganchen.

AGUSTIN.—Y tía Flora creerá, como siempre, que tengo yo la culpa.

ROSARIO.—Ahora no. Pero la verdad es que la quieres muy poco.

AGUSTIN.—La quiero. Pero de eso a soportar sus bailes, y sus comidas, y sus representaciones teatrales, y sus minués, y sus verbenas... ¡Qué sé yo! ¡Porque humor como el de tu tía! ¡Qué señora! Sola, sin hijos, y no sabe qué inventar para divertirse y divertir a todo el mundo.

ROSARIO.—¡Pobre tía! ¡Así es feliz!

AGUSTIN.—Pero su casa es imposible. Y se incomoda si no va uno. Para reírse una vez, bueno...

ROSARIO.—Ya ves que yo nunca voy a sus fiestas; sé que no te gusta; pero es tan buena la pobre tía, que no quisiera disgustarla; por eso, de cuando en cuando la dedico un día, y ella se alegra tanto. Eso sí, tengo que dejarla que me hable mal de ti...

AGUSTIN.—¡Toma!

ROSARIO—Pero siempre con cariño, a pesar de todo. Con quien no transige es con tu tía Valentina y con sus hijas. ¡Qué cosas dice de ellas!

AGUSTIN.—Y eso ya te agrada.

ROSARIO.—¿A mí?

AGUSTIN.—¡Bah! Tampoco las quieres mucho.

ROSARIO.—No sé por qué dices eso.

AGUSTIN.—Te parecen también demasiado... modernas.

ROSARIO.—Al contrario: me hace gracia su modo de ser, como a todo el mundo. ¡Quién tuviera su distinción y su atrevimiento! No son cursis como tía Flora, ya lo sé. Pero, en confianza, ¿a quién prefieres que me parezca?

AGUSTIN.—¡Rosario! ¡Qué tontería! Cualquiera que te oyese... Tú eres tú, y yo no quiero que te parezcas a nadie.

ROSARIO.—¿Te has molestado?

AGUSTIN.—Es que sé muy bien por qué dices eso. Parece que me temes, que no tienes libertad para nada...

ROSARIO.—No, Agustín. Me temo a mí. Yo lo conozco; aunque tú no quieras decírmelo, me lo dices indirectamente; no soy distinguida, y tú..., tú no te atreves a reprenderme cuando me pongo en ridículo, y haces mal...

AGUSTIN.—Pero ¡qué tonta! Eso sí que es cursi, hija mía. ¿A qué vienen esas lágrimas?

ROSARIO.—No es nada, no... Es neurastenia. Y ahora, ¿es distinguido?

AGUSTIN.—¡Vaya! Cualquiera sabe lo que te pasa.

ROSARIO.—No, no lo sabe nadie. Yo sí lo sé. Voy a escribir a la tía. *(Sale.)*

ESCENA II

Agustín solo un momento, y después, *Doña Flora.*

FLORA.—*(Dentro.)* ¿Que ha mandado desenganchar? ¿Está enferma? *(Entra.)* ¡Hola, Agustín! ¿Y Rosario?

AGUSTIN.—Querida Flora. Rosario te escribe en este momento. ¿No la esperabas hoy a almorzar?

FLORA.—Sí, por eso vengo. He salido esta mañana a comprar los postres yo misma, porque a los criados les dan cualquier cosa. Les mandas a comprar una libra de dulces, y te traen dos pedazos de citrón en la libra y ni una sola yema escarchada, que es lo que más me gusta. Nada, que si quiere una comer a su gusto, tiene una que tomarse el trabajo... Ya lo dice Rosario cuando come en

casa; y vosotros gastáis un disparate, más que yo, con el cocinero francés y el mozo de comedor. Pero el último día que almorcé con vosotros me hizo daño el almuerzo, y fué el lenguado; el "sole", como decía el "menú", que no estaba fresco. Esos cocineros saben mucho: lo sirven muy caliente, con una salsa picante, y luego es ella. Claro, así va la "Madame" de vuestro cocinero por esas calles con abrigo de terciopelo y solitarios en las orejas, y vosotros a Mondariz todos los años.

AGUSTIN.—Siempre ese odio secular al extranjero invasor.

FLORA.—Ya sé que te burlas de mí.

AGUSTIN.—No insistas sobre ese particular.

FLORA.—Sí. Tú y tus primitas, que nunca queréis venir a casa y os reís de mis reuniones, y de la gente que yo recibo; todo porque se pasa el rato sin pretensiones.

AGUSTIN.—Y a gusto tuyo, sobre todo. No empecemos, querida Flora. Conque ¿venías a buscar a Rosario?

FLORA.—Sí. Después de hacer mis compras vi que aún era temprano, y se me ocurrió venir a buscarla; me la llevo a casa en el coche y...

AGUSTIN.—El caso es... Ante todo, ¿no tienes más invitados que Rosario?

FLORA.—¡Qué cosas tienes! Para que se aburriera la pobre sola conmigo. Catorce muchachas más, todas recién casadas. Es una idea mía: las reúno a todas; me cuenta cada una cómo la va en su nuevo estado; ellas cambian impresiones, se ríen como tontas, y yo más que todas... El otro día tuve un almuerzo de solteras que están para casarse muy pronto. ¡Qué cosas se dijeron! La semana que viene convido a los novios de todas, a ellos solos, y escondo a las muchachas al lado del comedor para que oigan lo que dicen de ellas; estando yo no dirán ninguna atrocidad, y a los postres, ¡sorpresa! Se descorre una cortina, entran las muchachas en tropel..., y lo que nos vamos a reír...

AGUSTIN.—Pero ¡qué humor y qué inventiva! Y de comedias, ¿cómo va este año?

FLORA.—¡Oh! Este año nos atrevemos con una ópera. Dos actos de "La Bohemia". Las muchachas van a estar monísimas..,

AGUSTIN.—A eso no falto. Lo que son las cosas: en cuanto oí yo "Bohemia", lo dije: esta ópera acaba representándose en cása de tía Flora.

ESCENA III

Dichos y Rosario.

ROSARIO.—¡Tiíta de mi alma!

FLORA.—¡Encanto! ¡Gloria! Vengo por ti. Pero ¿no te has vestido todavía?

ROSARIO.—Ya estoy vestida, pero...

FLORA.—¿Vestida? ¿Pensabas venir así? Yo quiero verte siempre muy elegante.

ROSARIO.—Pero ¿no te parece elegante?

FLORA.—Un vestidillo de mañana para casa... ¿Tú sabes quién almuerza con nosotros? Conchita Torres, que ya sabes cómo se viste; Pilar Santonja, que se ha traído de la Exposición medio París, y tú vas a presentarte así...

ROSARIO.—Agustín dice...

AGUSTIN.—Flora tiene razón: te encuentra poco vistosa.

FLORA.—Sí; tú, con tus modas inglesas y la seriedad y el "chic"...

AGUSTIN.—*(A Rosario.)* Luego dices que soy yo.

ROSARIO.—No discutas. *(A Flora.)* Pero ¿no te ha dicho Agustín...?

AGUSTIN.—Iba a decírselo; pero se enredó la conversación...

FLORA.—¿Qué?

ROSARIO.—Agustín no me había dicho nada, y hoy almuerzan aquí su tía Valentina, las primas, papá y unos amigos. No me parece bien dejarlos, y como tengo confianza contigo...

AGUSTIN.—*(A Flora.)* Ya sé lo que vas a decir: que yo tengo la culpa. Ya le he dicho que almuerce contigo.

FLORA.—¡No faltaba más! Pero podíais haber avisado antes.

ROSARIO.—Si no sabía...

FLORA.—Y eso es muy distinguido. El marido convi-

da sin que se entere la mujer, y la mujer se va a comer fuera de casa.

AGUSTIN.—¡Oh! Sí es un acontecimiento que vengan cuatro personas de la familia a almorzar.

FLORA.—No; a tu tía Valentina no la extrañaría. Como en su casa siempre ha habido ese arreglo..., cada uno por su lado, y todos contentos.

AGUSTIN.—Más vale así, que no todos juntos y todos aburridos.

FLORA.—Pues mi Rosario no está educada en eso. ¡Familia más unida que la nuestra!... En Salamanca, en casa de la abuela Teresa, hubo temporada en que nos reuníamos treinta y dos de familia a la mesa, y mi pobre suegra era la mujer más feliz; sus hijos y sus nietos la adoraban; los yernos y las nueras la queríamos como a una madre... ¡Ay, se acabaron las familias como aquélla! Ahora, el modelo es la casa de su tía Valentina: el matrimonio, cada uno por su lado, separados..., no sé por qué; porque tu tía Valentina no es mala, y quiere a su marido...

AGUSTIN.—¡Ya lo creo! No pueden pasar un día sin verse. Pero a Gasparito le gusta vivir tranquilo; sus comidas a hora fija, sus habitaciones en orden, vive esclavo de la comodidad.

ROSARIO.—Y tía Valentina y las chicas no saben nunca en qué hora viven ni en dónde viven, porque cada mes se mudan de casa. Han estrenado todas las fincas nuevas de Madrid.

FLORA.—Y aunque se hubieran hundido todas, ninguna les hubiera cogido debajo.

ROSARIO.—A lo mejor el pobre tío se marchaba por unos días de Madrid, y al llegar a su casa se encontraba el cuarto con papeles. Llegaba a la nueva casa, todo revuelto, y tenía que irse a vivir a un hotel por unos días.

AGUSTIN.—Y por tonterías así había discusiones y molestias, hasta que un día tía Valentina le dijo a su marido: "Mira, Gasparito, lo mejor es que cada uno viva donde quiera y como quiera, porque si no, el día menos pensado vamos a tener un disgusto serio".

ROSARIO.—Y acordaron separarse.

FLORA.—Y tan ricamente.

AGUSTIN.—¡Ya lo creo! Se separaron por incompatibilidad de buen humor.

FLORA.—Y tú crees que todo el mundo admite, como nosotros que los conocemos, esa explicación, y que las hijas no pierden nada...

AGUSTIN.—¡Si las chicas ven a su padre más que antes!

FLORA.—¡Bonito modo de verle! De visita en su casa; el día que le pillan de buen humor y han estrenado un traje bonito, se las lleva a paseo en el coche, o a comer de fonda, o al teatro para lucirlas con sus amigos como a dos "cocottes"... ¡Muy bonito!

ROSARIO.—La verdad es que esas muchachas se educan de un modo...

AGUSTIN.—Por eso no son ni mejores ni peores que muchas otras. Y, sobre todo, son muy agradables en sociedad; hablan de todo... Son mis dos mejores amigos.

FLORA.—Sí, muy divertidas; pero los hombres no se casan con las mujeres que divierten.

AGUSTIN.—¡Ya! Se casan con las que aburren.

FLORA.—*(A Rosario.)* Da las gracias.

AGUSTIN.—*(Serio.)* Rosario sabe que no hablo por ella.

ROSARIO.—Aunque hablaras, tendrías razón.

FLORA.—Pues ya sabes el sistema: os separáis amistosamente.

AGUSTIN.—No digas tonterías.

FLORA.—Para lo que falta... Al año de matrimonio, habitación aparte. ¡Si mi marido me lo hubiera propuesto siquiera...!

AGUSTIN.—No es al año; ha sido siempre, desde que vivimos aquí; y nadie lo propuso: lo acordamos así para molestarnos lo menos posible.

FLORA.—Pues seguid no molestándoos..., y a ver quién hereda vuestros títulos y vuestro dinero...

ROSARIO.—¡Tía! ¡Qué cosas dices!...

FLORA.—No te sofoques: el que debe sofocarse es tu marido.

ESCENA IV

Dichos, el Marqués, Carlos y Félix.

FLORA.—Vuestros convidados.

ROSARIO.—¡Calla! Papá, tan temprano, y Carlos y Félix.

CARLOS.—*(Saludando.)* Rosario...

FELIX.—Señora...

CARLOS.—¡Hola, Agustín!

MARQUES.—¿Cómo va, hijos? Doña Flora, rendido a sus plantas. El corazón se me alegra al ver a usted.

FLORA.—Muchas gracias, querido Marqués.

MARQUES.—Porque si a usted no le molesta, somos contemporáneos; y al verla a usted tan guapa y tan joven, me digo satisfecho: "¿Por qué no he de estar yo lo mismo?" Y es usted el espejo en que más me agrada mirarme.

ROSARIO.—¡Qué madrugadores!

CARLOS.—¿Madrugar? Eso creerá usted. Trasnochamos todavía.

ROSARIO.—¿Cómo? ¿No se han acostado ustedes?

MARQUES.—Yo he dormido una horita en un sillón del Casino. Después tomé mi ducha, me vestí; fuí a sacar de la prevención a mi ayuda de cámara... Se fué anoche de juerga en cuanto me dejó vestido. No sé qué trapatiesta armaron en un colmado: pegaron a un guardia, dieron con un delegado majadero, que no se hizo cargo de que el muchacho tenía que vestirme por la mañana... En fin, molestias.

AGUSTIN.—Que no debías tomarte. Y debías de haber despedido a ese chico; un gatera, con un tipo achulado imposible.

MARQUES.—¿Qué quieres? Es un chico vivo, que me sirve los pensamientos. Yo no puedo tener criados-máquinas como los tuyos, que todo lo hagan al pie de la letra. Yo no sé mandar para eso. A lo mejor mando una cosa, deseando que se les olvide o hagan lo contrario; y ese diablo me entiende como nadie.

ROSARIO.—De modo que la vida de siempre, papá. Y decías, al volver de París, que este invierno te cuidarías mucho, que no trasnocharías.

MARQUES.—Me quedé dos noches en casa, y creí morirme. Desengáñate: los preceptos higiénicos dan muy buen resultado a todo el mundo, menos a los españoles, y en particular, a los madrileños. Con nosotros no rigen preceptos de ninguna clase, y somos fuertes burlándonos de la higiene; liberales, burlándonos de la Constitución; católicos, no haciendo gran caso del Catecismo, y lo que es más extraordinario, hasta ricos, dando un mentís a todas las leyes económicas del mundo.

FLORA.—Y usted ha vuelto de su último viaje con un recrudecimiento de españolismo.

MARQUES.—Es verdad. Nunca fuí aficionado a viajes. En París no había estado desde hace diez años; en Londres..., ¡qué sé yo!... Y la verdad: tenía por todo lo extranjero esa admiración que tienen ustedes los jóvenes que han viajado y sólo aprecian el brillo aparente de eso que llamamos civilización, pero ahora con mayor experiencia...

AGUSTIN.—¡Y más años y menos humor sobre todo, papá!

MARQUES.—Es posible. De todos modos, esta impresión más razonada de ahora será la definitiva, porque no pienso emprender nuevos viajes. Soy el primero en admirar lo admirable; pero apreciando con serenidad defectos y virtudes, grandezas y pequeñeces, el alma humana es una; es decir, muchas almas, buenas y malas; y no sé por qué razón había de tocarnos la peor parte; que otros pueblos son más trabajadores... ¿Y quién sabe? Acaso reza con nosotros aquello del Evangelio: "María no escogió la peor parte", y María era la que no trabajaba.

AGUSTIN.—Ateniéndose al Evangelio... ¿Ustedes saben lo que oí una vez a un inglés amigo mío? Estaba en Madrid por San Isidro, y le llevamos a la romería, y él, curioso, como buen inglés, preguntaba particulares de la vida del santo. Una señora que nos acompañaba se encargó de explicarle la vida y milagros, y al referirle cómo mientras el santo quedaba en oración los ángeles le labraban el campo, el inglés exclamó con la mayor espontaneidad: "¡Oh, qué milagro tan español!"

FLORA.—El Marqués tiene razón: en todas partes

hay bueno y malo; pero a los españoles siempre nos parece peor lo nuestro.

MARQUES.—Es que no hay nación más hipócrita para los defectos individuales y más escandalosa para los defectos nacionales. En Inglaterra siquiera tienen las dos hipocresías. Pero aquí nos hartamos de clamar que éste es un país perdido, y en cuanto se quiere puntualizar por dónde anda la perdición, todos somos a encubrirla. "No, en este grupo, no; aquí todos somos caballeros." "En este otro, menos; no hay más que personas decentes." Y todos somos a darnos explicaciones: "¡No faltaba más!; no es por ustedes..." Y es un país tan perdido, que no es posible hallar a los que lo pierden.

FLORA.—Usted es de los míos, Marqués: a la antigua española.

MARQUES.—Esta juventud se ríe de nosotros.

FELIX.—¡Oh! Sí: lo español, lo castizo. ¿Quieren ustedes decirme en qué consiste eso?

MARQUES.—Para usted, literato modernista, decadente y qué sé yo cuántos motes más, en nada. ¿Usted qué sabe de eso?

FELIX.—Sí; en literatura ya sé en qué consiste: en lo que ustedes llaman vigor; en concluir los dramas a tiros, y los cuentos a navajazos; como si todos los días se recogieran docenas de cadáveres por esas calles. Para usted, querido Marqués, sé también en qué consiste el casticismo: en estar abonado a los toros y en comer judías estofadas de casa de la Concha... ¡Ah! Y en aplaudir la comedia de anoche: una joya de esa literatura castiza.

CARLOS.—¡Ya, ya! ¡Qué comedia!

AGUSTIN.—¡Cosa más cursi! Con aquella nota sensiblera y patriótica al final...

ROSARIO.—¿No les gustó a ustedes?

MARQUES.—No. Si ahora es muy cursi conmoverse por nada...

FELIX.—Aquella escenita de la madre y de la hija...

FLORA.—A mí me hizo llorar.

MARQUES.—Pero usted es de otro tiempo. Ahora habrá usted observado que la mujer no llora en el teatro. Alguna pobrecilla de la galería. El público selecto sólo

tolera el arte como bufón que divierta; si pretende conmover, lo llama cursi; si pretende hacer pensar, "latero". ¿No es ésa la palabra escogida?

AGUSTIN.—Vaya, papá, hoy estás para figurar en una de esas comedias.

MARQUES.—Sí, hijo mío. La invención de la palabra "cursi" complicó horriblemente la vida. Antes existía lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, y a ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi, que no es lo bueno ni lo malo, ni lo que divierte ni lo que aburre; es... una negación: lo contrario de lo distinguido; es decir, una cosa cada día; porque en cuanto hay seis personas que piensan o hacen lo mismo, ya es preciso pensar y hacer otra cosa para ser distinguido, y por huír de lo cursi se hacen tonterías, extravagancias..., hasta maldades.

AGUSTIN.—Maldades...

MARQUES.—Sí; porque maldad es disfrazar los sentimientos, y por no parecer cursi, los disfrazamos muchas veces y obligamos a los demás a disfrazarlos.

ROSARIO.—Es verdad.

MARQUES.—*(Con intención.)* ¡Sabré yo por qué digo las cosas!

FLORA.—Y yo también, Marqués. Por algo somos contemporáneos.

AGUSTIN.—En efecto, ustedes lo sabrán.

FLORA.—Tenemos que hablar despacio usted y yo, Marqués.

MARQUES.—Hoy mismo, de sobremesa.

FLORA.—No; yo no almuerzo con ustedes.

MARQUES.—¿Cómo es eso? Yo creí, al verla a usted aquí...

FLORA.—No puedo. Ya saben los chicos la causa. Y ya les dejo a ustedes.

MARQUES.—Querida Flora...

FLORA.—Rosario, tú dirás hasta cuándo; yo no propongo ya nada.

ROSARIO.—No te enfades; después de almorzar voy a tu casa; la expedición en coche de estos señores no me seduce.

FLORA.—¿De veras? Hasta luego entonces.

ROSARIO.—Te acompañaré. Voy a cogerte unas flores en el invernadero, y... ¡la última moda!, unas ramas de manzano en flor...

FLORA.—¿Oye usted, Marqués? También hay flores de moda. ¿Se acuerda usted cuando se pagaba a dos duros una camelia en Jueves Santo?

MARQUES.—Algunas he pagado yo.

AGUSTIN.—¡Qué horror! Las camelias.

FELIX.—¡Qué flor tan cursi!

MARQUES.—Pues piensen ustedes en lo que dirán sus hijos y mis nietos de las orquídeas, de los crisantemos... y de las ramas de manzano en flor.

FLORA.—¡Ay! Los nietos de usted no dirán nada.

MARQUES.—Lo sentiría... Pero, en fin, el matrimonio tiene la palabra.

AGUSTIN.—¡Qué ocurrentes están ustedes!

ROSARIO.—¡Tía!

FLORA.—Anda, vamos por esas ramas en flor. *(Salen Rosario y doña Flora.)*

ESCENA V

Agustín, el *Marqués, Carlos* y *Félix.*

MARQUES.—¡Qué buena señora! ¿Sigue siempre con sus famosas reuniones?

AGUSTIN.—Impertérrita. Es la vestal del fuego sagrado de lo cursi.

CARLOS.—Con su afán de hacer bodas y de proteger noviazgos. Yo tuve que huír de su casa.

AGUSTIN.—Si hay oposición por parte de los padres, ella los convence; si los muchachos no están en condiciones de casarse, ella les busca destinos, los recomienda para oposiciones. No vive para otra cosa.

CARLOS.—Casa más que la Vicaría y el Tribunal Supremo juntos.

FELIX.—Las madres de familia debían elevarla una estatua... Debía anunciarse como la "Emulsión Scott". Lo saben las madres: acudiendo a ella, ninguna niña deja de casarse, pues las salva aun pasadas de los treinta años.

ESCENA VI

Dichos y Don Gasparito.

GASPARITO.—¡Señores!

MARQUES.—¡Gasparito!

AGUSTIN.—¡Queridísimo tío!

MARQUES.—Es admirable, chico; como la mañana no es mi elemento, nunca te había visto tan pollo. Vendrás de darte un paseíto higiénico.

GASPARITO.—¡Ya lo creo, la vuelta grande al Retiro!

MARQUES.—Siempre cuidándote.

GASPARITO.—Todo es poco. Yo no puedo jugar con la salud. Este invierno no he debido pasarlo en Madrid; pero este dichoso Madrid no sé qué tiene, se encariña uno con él: verdad que tiene uno aquí sus afectos. ¡Si pudiera uno prescindir del corazón! Yo no puedo vivir lejos de Valentina y de las chicas. Ya ves: hace dos días que no las he visto, y no sé qué me parece. Anoche no estaban en el teatro.

AGUSTIN.—No.

GASPARITO.—Ya sé que no les ocurre nada. Pregunté por teléfono desde casa.

AGUSTIN.—No tardarán.

GASPARITO.—Eso ya no lo afirmaría yo. Seguramente nos harán esperar, y lo sentiría. El desarreglo en las comidas me mata. ¡Si pudiera uno vivir sin comer! Es lo que más me preocupa; ahora quisiera ensayar ese tratamiento de moda; el régimen lácteo, combinado con uvas; dicen que da grandes resultados. El estómago es el enemigo. ¡Si pudiera uno vivir sin estómago!

MARQUES.—Pero si estás hecho un pollo. Con ese talle de pisaverde, esa esbeltez...

GASPARITO.—Sí, sí, ¿esbeltez? Que no me nutro..., que no me nutro... Ya quisiera yo estar como tú, y soy algo más joven, me parece.

MARQUES.—Sí; yo tendré unos quince años más que tú.

GASPARITO.—Eso sí, andarás por los cincuenta y uno.

MARQUES.—¡Ja, ja! Ya sabía yo que diciéndote eso me quitarías más años de los que yo me hubiera atrevido a quitarme.

GASPARITO.—¡Bah! Es que tú tienes la coquetería de envejecerte para que admiren lo bien conservado que estás. Luego te vistes siempre de señor mayor; yo me permito un poco de fantasía. A propósito, Carlos: ¿sabes que no he podido encontrar un chaleco escocés como el tuyo? El dibujo, sí; pero el género, el género es otra cosa. Tendré que encargarlo a Londres. Me darás las señas del sastre.

CARLOS.—Con mucho gusto.

GASPARITO.—Bonita corbata. ¡Ah! ¿Sabes lo que he encontrado por fin? Una planchadora a mi gusto.

MARQUES.—Eso no es difícil.

GASPARITO.—¡Bah! Guasón. Yo no pienso en eso. ¡Para faldas estoy yo! Pues sí, Carlitos, te la recomiendo; da el blanco mate a la inglesa como no se da en Londres.

MARQUES.—Pero, Gasparito, que no sabes hablar de otra cosa.

GASPARITO.—Como tú tienes la coquetería de la despreocupación, la "pose" de que no sabes nunca lo que se lleva. ¿Querrás hacernos creer que haciéndote ropa todos los años, el sastre te viste con tres modas de retraso si tú no se lo encargas?

FELIX.—"Atrappé, marquis".

GASPARITO.—Es que tú, y Agustín lo mismo —en eso ha salido a ti—, queréis hacerme creer que sois distinguidos sin saberlo, que es lo más distinguido; que no pensáis en el zapatero, ni...

AGUSTIN.—Sí, pensaremos, te lo confieso; pero tocante a distinción, no olvides la frase célebre: "Pensad siempre en ello, no habléis nunca de ello".

GASPARITO.—Ahora estamos en confianza. Todo será que Félix nos saque en alguna de sus novelas... ¿Escribe usted algo? Una de mis chicas, Asunción, está loca con usted; dice que no parece usted un escritor español. Yo no sé; yo leo muy poco. Se me cansa la cabeza... Esta pícara cabeza... ¡Si pudiera uno vivir sin cabeza! Al teatro también voy muy poco; alguna vez a

una piececilla de risa, a primera hora; después no se puede respirar en el teatro. Así es que no le extrañe a usted si no sé nada de lo que se escribe; pero no debe valer la pena. ¡Este es un país tan atrasado!... ¡Caramba, las doce y media, y mi mujer y las chicas sin venir!

AGUSTIN.—Si quieres, almuerzas a tu hora. Pero dijimos a la una.

GASPARITO.—Si ésa es mi hora también; pero es que las conozco, y ni a las dos han llegado, verán ustedes.

MARQUES.—¿Te animas a una partida de carambolas para hacer tiempo y ejercicio? Es muy higiénico.

GASPARITO.—Según. A esta hora menos mal; pero entre comida y comida no es muy recomendable; retrasa o acelera la digestión, según los casos y... Lo he observado bien. Pero, vamos si quieres.

MARQUES.—¿Vienen ustedes?

AGUSTIN.—No; tengo que hablar con Carlos.

FELIX.—Entonces yo... *(Disponiéndose a salir.)*

AGUSTIN.—No es ningún secreto. Y aunque lo fuera. Carlos no tiene secretos para ti. *(Salen el Marqués y don Gasparito.)*

ESCENA VII

Dichos, menos el *Marqués* y *Don Gasparito.*

CARLOS.—Somos colaboradores. Yo vivo, él escribe. Si no fuera por las cosas que yo le cuento... Sin bromas; no me negarás que el asunto de todas tus obras es mío, arrancado de mi realidad. Lo curioso es que he tomado tan en serio mi papel de experimentador, que ya en las cosas más sencillas veo asunto novelable, y ya no sé si él escribe lo que yo vivo, o si yo vivo lo que él escribe.

FELIX.—No te las quieras dar de complicado. Tu espíritu es una línea recta; ni el mismo Sthendal hallaría en ti la más insignificante complicación psicológica. No hay más que verte; robusto, sanguíneo: un húsar de Napoleón.

CARLOS.—¿Qué tenías que decirme?

AGUSTIN.—Nada... Anoche, cuando estabas en el

palco con mi mujer, me pareció que te hablaba de..., ya sabes de quién, de ésa, que estaba en las butacas; Rosario la miró dos o tres veces con los gemelos, y me parecía que discutía contigo... ¿Te dijo algo?

CARLOS.—¡Phs! Se figura, sospecha. Alguien le habrá dicho... ¡Hay gente tan estúpida!

AGUSTIN.—Su tía Flora, seguramente. En su casa se sabe todo. Ya oíste las indirectas. Rosario también está nerviosa estos días. No me dice nada, pero... ¿A ti qué te dijo?

CARLOS.—Yo comprendí que no sabe nada de cierto. Me preguntó en broma; dice que ella no es celosa; que los celos son una ridiculez.

AGUSTIN. —¡Y tanto! Demasiado sé yo el respeto que debo guardar a mi mujer, y ella sabe que no lo olvidaré nunca... Lo demás... ¿Celos? ¿Para qué? En un matrimonio razonable como el nuestro, no de interés material, no podía haberlos por parte de ninguno de los dos; pero sí de intereses sociales; si Rosario dijera que estaba celosa, sería por demostrar que la importaba, y yo sé bien que no puede importarla, y, por lo tanto, sus celos serían ridículos.

CARLOS.—¿Tú crees que Rosario no te quiere?

AGUSTIN.—Sí; me quiere como debe quererse; el cariño de matrimonio, de familia... Si para mujer propia no la cambiaría por ninguna... Esa misma "gaucherie" suya en sociedad, es distinguida en la mujer propia. No hay nada más ridículo que el caso de Paco Tomillares; su mujer se viste como una "cocotte" y le derrocha una fortuna, y su... amiga la Esperanza va de hábito y toma la cuenta a la cocinera.

FELIX.—He ahí un asunto de comedia moderna.

CARLOS.—Aprovéchalo.

FELIX.—Yo no necesito asunto para mis comedias. El asunto no es nada; el estilo es todo.

CARLOS.—Sí, ya sé que a ti te han aplaudido muchas tonterías por el estilo. *(Suenan cascabeles dentro.)* ¿Qué es eso?

AGUSTIN.—Valentina y mis primas que han llegado.

FELIX.—Con su colección de perritos... ¿No oyes los cascabeles?

CARLOS.—Creí que eran un símbolo...
AGUSTIN.—De modo que tú crees que mi mujer no está disgustada...
CARLOS.—Creo, como tú, que lo sabe, pero que no le importa. Es más distinguida de lo que tú crees.
AGUSTIN.—Y hace lo que debe hacerse. Eso esperaba yo.

ESCENA VIII

Dichos, Rosario, Valentina, Lola, Asunción, con dos perros.

LOLA.—Quieto, "Baby"; quieta, "Fly"...
AGUSTIN.—¿Cómo estáis?
VALENTINA.—Bien, ¿y tú?
AGUSTIN.—¡Primitas!
LOLA.—"My dear"...
VALENTINA.—Y mi marido, ¿no ha venido todavía?
CARLOS.—Sí; juega al billar con el Marqués.
VALENTINA.—Ya nos echaría mala fama. Hemos venido a pie dando un paseo. Hace una mañana tan hermosa, y como yo apenas hago ejercicio...
ASUNCION.—*(A Félix.)* Ya he leído todos los libros que me dejó usted. Se los devolveré en seguida... ¿Es posible que prefiera "Prevost" a "Bourget"?
FELIX.—Siempre.
ASUNCION.—¡Qué apasionado es usted!
ROSARIO.—¿Cómo no estuvisteis en el estreno de anoche?
VALENTINA.—Ayer nos pasamos el día acostadas hasta las once de la noche.
ROSARIO.—¿Estuvisteis enfermas?
LOLA.—No; pero estaba un día tan triste... ¡Quieto, "Baby"! No teníamos ningún plan; yo estaba muy aburrida; Asunción tenía libros nuevos.
VALENTINA.—La peinadora mandó recado de que no podía ir, y decidimos no levantarnos; pero a las once se aparece Teresita Montálvez a convidarnos a una cena a la americana en casa de Luló Acevedo. Arroz blanco y...

LOLA.—Unas cosas la mar de raras. ¡Quieta, "Fly"¡

ASUNCION.—*(A Félix.)* Aquel estudio de muchacha enamorada de tres hombres a un tiempo, está muy bien observado.

ROSARIO.—*(A Lola.)* ¿Cuántos perros tenéis ahora?

LOLA.—De éstos, cinco, y "Moltke", el gran "danois", que el otro día nos dió un disgusto horrible; nos mató un gato hermosísimo... Pero éste es el mío, mi cariño... ¿Verdad, "Baby"? ¿Quién te quiere a ti? ¡Es más listo! Le han traído un equipo de París, su manta de paseo, su manta de casa, su manta de "soirée".

ROSARIO.—¡Qué gracioso!

LOLA.—Ya lo verás; con sus bolsillitos, sus pañuelos marcados, su flor a la "boutonnière"... ¡Un encanto!

VALENTINA.—Hoy no le hemos vestido; como veníamos a pie y la gente baja, hija, está cada día más insolente, dicen unas cosas cuando ven a los perros con manta... Como si el gastar dinero en caprichos no fuera en beneficio de los que trabajan, y como si una no socorriera a mucha gente. Un dineral pago yo todos los meses de suscripciones benéficas...

FELIX.—*(A Asunción.)* No perdió usted nada con no ir al estreno.

ASUNCION.—A mí me aburre el teatro. Prefiero leer, porque leo lo que me parece; pero en el teatro, como a lo mejor hacen obras que no pueden ver las muchachas...

ROSARIO.—*(A Carlos, aparte.)* Dice usted que es mi amigo y no tiene usted confianza en mí.

CARLOS.—Es que no quiero ser amigo de usted a ese precio. Sería una traición. ¿No le asustan a usted tanto las traiciones?

ROSARIO.—*(Seria.)* ¿Eh?... No preguntaré más. *(Se separa de Carlos.)*

LOLA.—*(A Agustín.)* Dos días que no han salido esas fieras. ¡Ay, primo! Tú quieres que yo os mate esta tarde.

AGUSTIN.—No tengas miedo, yendo yo a tu lado.

LOLA.—Yo no tengo miedo; todo será estrellarnos. Que no venga Rosario, que es la más miedosa.

ROSARIO.—No; yo no voy, desde luego. He quedado en ir a pasar la tarde con Flora.

CARLOS.—*(A Agustín.)* Mira, chico: por culpa tuya se ha enfadado Rosario conmigo.

AGUSTIN.—¿Hay novedades?

CARLOS.—Insiste en que yo debo saber...

AGUSTIN.—Sí; lo que ella sabe también. Al fin tendremos alguna tontería.

CARLOS.—Es posible. Además, con tu mujer no se puede hablar en broma. No está acostumbrada...

AGUSTIN.—¿Qué te ha dicho?

CARLOS.—Luego te hablaré.

VALENTINA.—¿Dices que mi marido está en la sala de billar? Tengo que hablar con él, para convenir el día en que hemos de firmar una escritura.

AGUSTIN.—Almorzaremos en seguida.

ROSARIO.—Tenemos que esperar un poco. He mandado que dispongan la mesa en la "serre".

AGUSTIN.—Muy buena idea.

VALENTINA.—¡Está un día tan hermoso!

ROSARIO.—Y allí, entre las flores y los pájaros, hay una alegría...

VALENTINA.—Lola, Asunción, venid conmigo a saludar a papá; hace dos días que no le habéis visto, y luego dice que no se le quiere.

ASUNCION.—Vamos, sí. ¡Pobre papaíto! *(A Félix.)* Entonces, ¿me enviará usted esos libros?

FELIX.—Le advierto a usted que uno de ellos es algo atrevido en la forma, nada más que en la forma.

ASUNCION.—Yo sabré ir al fondo. Hasta ahora.

LOLA.—*(A Agustín.)* Ven con nosotras. Antes de almorzar quiero ver las cuadras. ¿Está ya bueno "Rigolo"? ¡Qué preciosidad de "poney"! Ya podías vendérselo a papá, para que me lo regalara.

AGUSTIN.—Yo te lo regalaré cuando te cases.

LOLA.—¡Bah! ¡Tonto! ¿Para qué lo quiero entonces? *(Salen todos, menos Carlos y Félix.)*

ESCENA IX

Carlos y Félix.

CARLOS.—¡Qué mamá y qué niñas más novelables! ¿Y ese "flirt" literario con Asunción? Os enamoráis co-

mo Paolo y Francesca; sólo que para vosotros, todos los libros son buenos galeotos.

FELIX.—No digas; son dos muchachas muy agradables, cada una por su estilo.

CARLOS.—El tipo ideal, cualquiera de ellas, para mujer propia... de un amigo.

FELIX.—¿Y tú?

CARLOS.—Mi novela es más psicológica. Estoy enamorado como nunca. Más que de la protagonista, de la situación: es bellísima. Atienda el artista; figúrate que ella...

FELIX.—Rosario.

CARLOS.—¡Sin nombres! Ella está celosa de su marido; no se atreve a demostrarlo, porque la pobre ha oído decir que los celos no se llevan; es una cursilería tener celos de su marido. ¡Oh! El miedo a lo cursi es mi cómplice. Yo cultivo esos celos, atacando su amor propio de mujer; al mismo tiempo avanzo con precaución, de modo que a ella pueda yo parecerle atrevido y se crea en el caso de llamarme al orden. Yo me delato al marido, le insinúo que su pobrecita mujer es tan "cursi" que por una broma mía, una ligereza de estas que se dicen todos los días en sociedad, ha llegado a creer que yo me atrevía a enamorarla. Al marido le parece muy poco distinguido que su mujer se asuste por tan poco; se burla de ella; ella, por el indicado miedo a lo cursi, extrema su amabilidad conmigo... Yo sigo cultivando los celos, la amabilidad, la distinción y... ¿qué te parece?

FELIX.—Bien planeado. Pero los hombres y las mujeres no son teclas que dan siempre la nota que se pide.

CARLOS.—Estos, sí. El Marqués lo decía antes. Para Agustín no hay bueno ni malo. Todo es cursi o es distinguido. Es cursi tener celos; es cursi alarmarse porque su mujer se muestre amable conmigo; es cursi desconfiar de mí, su mejor amigo.

FELIX.—Pero ella... es tan tímida...

CARLOS.—Por eso. Teme más parecer cursi que atrevida... Y se atreverá.

FELIX.—Será curioso. Hay que tomar notas.

CARLOS.—Chico, debía escribir mis memorias. ¡Chist! Agustín.

ESCENA X

Dichos y Agustín.

AGUSTIN.—A almorzar.
CARLOS.—Vamos allá.
AGUSTIN.—En efecto, Rosario ha querido asustarme contigo. Pero ¿qué atrocidad has dicho?
CARLOS.—¡Figúrate! Una broma...
AGUSTIN.—¡Pobrecilla! La falta de costumbre; educada en provincias, en aquel venerable caserón...
CARLOS.—Ya me hago cargo; pero no volveré a deslizarme; esas cosas son muy delicadas, y...
AGUSTIN.—Pero ¿lo has tomado en serio? Iba yo a creer... ¡Qué tontería! Vamos, no seas cursi tú también. *(Salen.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

El *Marqués* y *Don Gasparito,* sentados; el primero toma te con emparedados; el segundo, chocolate con bizcochos. *Doña Flora* mira por uno de los balcones.

GASPARITO.—¡Qué estómago el tuyo! ¡Cómo te envidio! Emparedados, te con leche, pan con manteca, a estas horas... ¡Y habrás almorzado bien!
MARQUES.—No; desde anoche a las tres no he tomado nada.
GASPARITO.—¡Qué desorden! ¡Y vives! ¡Y estás bien! Yo, entre horas, no puedo permitirme ningún ex-

ceso. Lo que ves: un chocolate clarito con unos bizcochitos... Nada..., engañar el estómago.

MARQUES.—El chocolate es muy sano; está mejor garantizado, que por los médicos, por los frailes. Tú serás eterno, Gasparito.

GASPARITO.—Hombre, ¡eterno!, ya sé que no; pero no quiero morirme por culpa mía; para que os burlarais los de mi promoción. Porque es sabido, en cuanto se muere uno de los nuestros, en vez de darnos por avisados, todos caemos sobre el difunto. ¡Claro!, él no tenía edad para morirse: la nuestra; pero no hacía más que disparates... Conozco la oración fúnebre. Además, yo tengo obligaciones sagradas en este mundo; no estoy como tú; tú puedes morirte tranquilo; el único hijo que te queda no necesita de ti para nada.

MARQUES.—No sigas; por mucho que te esfuerces no me convencerás de que ya tardo en morirme: aunque no sea más que por hacer la oposición al Gobierno y no dejarle vacante mi senaduría...

GASPARITO.—Yo tengo dos hijas, dos hijas sin colocar, en la edad crítica.

MARQUES.—Mira, Gasparito, egoísta de los demonios: a mí no me tomes el pelo con tu paternidad sensible. ¡Si no has pensado nunca más que en tu real persona! ¡Si nunca te has molestado por nada ni por nadie!

GASPARITO.—¿Y me lo dices tú? Y tú, ¿qué has hecho? ¿Cómo has vivido tú?

MARQUES.—Yo he vivido en mi casa, con mi mujer y con mis hijos siempre...

GASPARITO.—¿Cuántos días al año? Lo que eres tú es un hipócrita, que te has pasado la vida haciendo la tragedia del manolo, que es lo que se hace mejor en este país.

MARQUES.—Y ¿qué es eso?

GASPARITO.—¿Qué? Declamar endecasílabos de tragedia con acciones de majo de sainete...

MARQUES.—¡Gasparito!...

FLORA.—¡Señores!

MARQUES.—¿Usted cree que puede oírse con paciencia...?

FLORA.—Ustedes perdonen; no estaba en su conver-

sación. No puedo remediarlo; estoy muy intranquila. Miraba cómo llueve, a cántaros... Y esos chicos sin volver. ¿Les habrá ocurrido algo? Si se ha espantado un caballo; si...

MARQUES.—No hay motivo para que esté usted intranquila.

FLORA.—¡Dichosas expediciones, y dichoso "sport", y dichosa vida! ¡Pobre Rosario!

GASPARITO.—¡No exagere usted, señora! Ya ve usted que también se trata de mi hija, y yo estoy muy tranquilo. ¿Qué puede ocurrirles? Nada. Rosario y Lola, por no atravesar Madrid, llamando la atención, vestidas de amazonas, fueron en coche hasta la Moncloa; allí les esperaban los "grooms" con los caballos; pero en cuanto haya empezado a llover habrán vuelto al coche; pero aún no han tenido tiempo de regresar.

FLORA.—¡Si hace dos horas que está diluviando! ¡Y sabe Dios dónde les habrá cogido!... ¡Ay! Yo voy a mandar a alguien...

MARQUES.—Como usted quiera; pero ya verá usted cómo no tardan.

GASPARITO.—Son jóvenes, señora. Después de todo, por una mojadura... Si fuera yo..., baldado para todo el invierno... Cierre usted el balcón, señora; el olor a tierra mojada me produce dolor de cabeza.

FLORA.—¡Un coche, un coche!... No; es de punto, por el ruido... Pero puede que... sí; para a la puerta del jardín...

MARQUES.—¿Son ellas?

FLORA.—Espere usted. No veo bien. No; es su otra hija, don Gasparito.

GASPARITO.—¿Asunción? ¿Con quién viene?

FLORA.—No sé. Se despide alguien, pero entra sola.

GASPARITO.—Ahí tiene usted. A ésta no le da, como a su hermana, por las expediciones a caballo, ni por guiar coches, ni por nada de eso. ¡Caracteres más opuestos!... Y ya ve usted, la misma educación han recibido una y otra.

FLORA.—Sí, los caracteres son opuestos, pero ya se ve que la educación ha sido la misma.

ESCENA II

Dichos y *Asunción* con un paquete de libros.

ASUNCION.—¿Cómo están ustedes?
FLORA.—¡Hola, Asuncioncita!
ASUNCION.—¡Qué día! ¡Y Lola y Rosario han salido por fin a caballo! ¡Están locas!
FLORA.—Eso digo yo.
GASPARITO.—¿Vienes sola?
ASUNCION.—No; he venido con "fräulein", pero me ha dejado en la puerta.
GASPARITO.—¿Y mamá?
ASUNCION.—Luego vendrá a buscarnos. Hoy no ha almorzado en casa, y como Lola almorzaba aquí y me dejaron sola, yo también me he convidado a almorzar en casa de Teresita Montálvez. Estos días de lluvia me ponen tan nerviosa... Necesito estar con mucha gente.
GASPARITO.—Oye: me has dicho que te acompañaba "fräulein". ¿Ahora es alemana la señora de compañía? ¿Habéis despedido a la "miss"?
ASUNCION.—Sí, hace tiempo. ¿No sabes? Nos dió un susto horrible. Figúrate que una noche, a la madrugada, oímos cantar y reír en su habitación...
GASPARITO.—¿Eh?
ASUNCION.—Entramos, y estaba con un ataque nervioso; es decir, eso creíamos nosotras; avisamos a la Casa de Socorro, vienen...
MARQUES.—Y...
ASUNCION.—Nada; un tarro de ginebra que se había bebido ella sola.
MARQUES.—A la salud de Chamberlain... Estas inglesas son muy patrióticas.
GASPARITO.—Pero ¡qué desgracia tenéis con las institutrices! Aquella otra francesa, si no es por mí... *(Bajo al Marqués.)* Ya te contaré...
ASUNCION.—Florita, ya he leído en los "Ecos de Sociedad" que estuvo brillantísimo el último de tus jueves... ¡Y nosotras que no hemos podido ir este año!...
FLORA.—Vosotras no os divertís con tan poco. Aquello es demasiado inocente.

ASUNCION.—¡Si no tiene una con quién hablar! Allí todos son novios. Debia usted contar con media docena de muchachos volantes, como las sillas, para las que sólo vamos de tarde en tarde.

FLORA.—Con la sillería completa me basta. No quiero trastos por medio. Mi casa está puesta a la antigua; allí todo hace juego.

ASUNCION.—El juego de la mona. Todo son parejas.

FLORA.—¿Qué es eso de la mona, niña?

ASUNCION.—¡No se enfade usted!

GASPARITO.—Asunción, ten juicio.

FLORA.—¡Qué chiquilla ésta! ¿Ha oído usted, Marqués? Lo de la mona ha sido por mí, no le quepa a usted duda.

GASPARITO.—No gastes bromas con doña Flora. ¿Qué libros son ésos?

ASUNCION.—Unos que me ha dejado Teresita, y otros que he comprado yo. Ya te llevarán la cuenta; éstos van a tu cargo. Mamá dice que no paga más libros.

GASPARITO.—Y hace muy bien. ¡Sabe Dios qué cosas leerás! Me hace muy poca gracia tanta lectura... Un día voy a tener que ponerme serio, como tu madre.

ASUNCION.—Eso es; mamá, seria; tú, serio... ¡Qué vida! Daréis lugar a que me case con el primero que se presente, y si soy desgraciada vosotros tendréis la culpa.

GASPARITO.—No digas disparates. ¡A ver esos libros! "Demi-vierges". ¡Vaya un título! "Demi-mariée"; también promete... Todo a medias.

ASUNCION.—Deja, papá. No digas más tonterías. ¿Tú qué entiendes?

FLORA.—*(Al Marqués.)* ¡Qué modo de tratar a su padre!

MARQUES.—Pues esto no es nada; ya verá usted cuando se case, cómo trata a su marido. Un día se siente heroína de novela francesa, y cuando quiera recordar el desgraciado... que se lo cuente a Bourget.

GASPARITO.—Nada, nada; tendré que ponerme serio.

FLORA.—¡Un coche! Ahora sí; entra en el jardín.

MARQUES.—¿Es Rosario?

FLORA.—Sí. ¡Gracias a Dios! ¡Qué susto he pasado!

GASPARITO.—¿Y mi hija? ¿Viene también mi hija?

MARQUES.—No. Viene sola Rosario, con Carlos.
FLORA.—¡Sola con Carlos!
MARQUES.—Sí; mire usted.
FLORA.—Es raro... Voy a ver. *(Sale.)*
GASPARITO.—Entonces, Lola vendrá con Agustín; pero ya podía estar aquí. ¡Qué chica! Esa por otro estilo. Los que sólo tenéis hijos varones no sabéis lo que es ser padres.
ASUNCION.—Voy a ver la amazona de Rosario: es de "Redfern" como la de Lola.
GASPARITO.—*Mira*, no te dejes aquí esos libros; escóndelos. Cualquiera que los vea...
ASUNCION.—*(Recogiendo los libros.)* ¡Ay, papá, cómo entras en el siglo xx! *(Sale.)*

ESCENA III

El *Marqués* y *Don Gasparito.*

GASPARITO.—Agustín y Rosario no saben lo que tienen con no tener hijos.
MARQUES.—Aún es tiempo. Yo llevaba cinco años de matrimonio cuando nació Agustín; después, a los dos años, Gloria, la que murió, y nada más. A mí no me han dado disgustos. Agustín es tan formal... Demasiado formal.
GASPARITO.—Parece que se lleva bien el matrimonio.
MARQUES.—Sí. Agustín es muy correcto; su mujer no podrá tener nunca la menor queja. No malgastará, no dará escándalos... Y ella es muy buena, muy bien educadita, un poco encogida todavía, porque no ha visto mundo. Estoy muy contento; estuvimos muy acertados.
GASPARITO.—¡Dichoso tú! Puedes morir tranquilo.
MARQUES.—¡Dale, hombre! Que no pienso morirme.
GASPARITO.—A mí me preocupa hondamente el porvenir de estas chicas; porque aquí, en confianza, te diré que Valentina gasta más de lo que puede, y yo... yo necesito cuidarme, no puedo prescindir de ciertas comodidades, y al paso que vamos no sé, no sé cómo van a quedar esas pobres hijas.
MARQUES.—¡Bah! Tú eres rico, y tu mujer, aunque

haya derrochado algo, heredó de su tío mucho más que su hermana, mi pobre Carmen. Tus hijas se casarán muy bien, y tú podrás morirte tranquilo. Sus maridos velarán por ellas...

GASPARITO.—Sí; pero yo necesito velar por sus maridos. ¡Pobres hijas!

ESCENA IV

Dichos, Doña Flora y Rosario.

ROSARIO.—Aquí me tenéis sin novedad.

MARQUES.—¡Vaya con el paseíto!

ROSARIO.—No me hables.

GASPARITO.—¿A quién se le ocurre? Con el nublado que se venía encima.

FLORA.—¿Qué quiere usted? Agustín y Lola dijeron que estaba un día muy inglés...

GASPARITO.—¿Y Lola? ¿Cómo no ha venido contigo?

ROSARIO.—¡Qué! Si Agustín y ella estaban a una legua de nosotros cuando empezó a diluviar. Los esperamos, pero yo no podía más, y Carlos me hizo volver al coche; Tommy se quedó con los caballos.

GASPARITO.—¿Y Carlos?

ROSARIO.—Me acompañó hasta aquí y se fué a su casa a vestirse.

FLORA.—Toma una taza de te bien caliente. ¡Ustedes saben cómo venía! La amazona podía torcerse.

GASPARITO.—Y mi hija, ¿cómo vendrá? Esa chica es un chico; no le asusta nada.

ROSARIO.—Se habrá cobijado en alguna parte; como estaban más lejos del coche... Pues ya, hasta que vuelva a buscarles... No creo que entren en Madrid a caballo.

GASPARITO.—¿Y Asunción? ¡Pero estas hijas mías, que siempre han de estar perdidas!

ROSARIO.—Escribe una carta en mi gabinete.

FLORA.—Voy a prepararte el te. ¿Sientes frío?

ROSARIO.—No. Estoy perfectamente. Y el paseo es delicioso: no son tan feos los alrededores de Madrid, como dicen. No será el último día que salgamos. ¡Si traigo apetito! En medio de todo, ha sido gracioso. ¡Qué facha ha-

cíamos Carlos y yo luchando con el aire y el agua! Y si no es por Carlos me estrella el caballo.

FLORA.—¿De veras?

ROSARIO.—¡Ah! Sí, sí; le debo la vida.

FLORA.—Como en las novelas. No habrá sido tanto. Mejor que el te hubieras tomado un poco de tila... Yo te conozco, y, por más que digas, estás muy nerviosa.

ROSARIO.—¿Nerviosa?

GASPARITO.—Está el día para ello. Yo no he podido dar mi paseíto a pie, ya lo noto, ya. Mira, hoy sí que te propongo unas carambolas.

MARQUES.—Perdona. Hoy tengo que tratar asuntos muy serios. Esperaba que volviera Agustín; pero tengo que hablar con su apoderado. Se trata de poner en orden mis asuntos. Agustín me facilita una solución. ¿Qué te parece? Un hijo pagando las deudas de su padre.

GASPARITO.—Me parece muy bien.

MARQUES.—Figúrate. Se trata de una hipoteca. Entre pagar un capital de intereses todos los años, a que Agustín se quede con la finca y quitarme de quebraderos de cabeza...

GASPARITO.—¡Ah! Pero ¿se queda con la finca? No creí yo que Agustín fuera tan práctico.

MARQUES.—¿Tú crees que porque yo soy así no he sabido educarle a la moderna?

GASPARITO.—Tu finca te cuesta. Y dado tu modo de ser, ¿a qué mejor podías dedicar a tu hijo para que sostuviera tu casa? A prestamista.

MARQUES.—¡Gasparito!

GASPARITO.—Lo de siempre. Los hechos no te asustan, pero las palabras... Arregla tus asuntos; yo daré unos cuantos tacazos para compensarme del paseo perdido.

MARQUES.—Anda, anda, que sólo estás contento cuando crees que todo el mundo es tan egoísta como tú.

GASPARITO.—Sí, si a cada paso se encuentra un San Vicente de Paúl.

MARQUES.—*(A Rosario.)* ¿Estará don Rafael en el escritorio?

ROSARIO.—Seguramente.

MARQUES.—Hasta ahora.

ESCENA V

Rosario y Doña Flora.

FLORA.—¿Y quién te ha dicho eso?

ROSARIO.—Carlos.

FLORA.—¿Y cuándo te lo ha dicho?

ROSARIO.—Ahora, cuando veníamos en el coche.

FLORA.—¿Y quieres decirme que no te importa?

ROSARIO.—No me importa nada; no puede importarme. Si me importara sería ridículo.

FLORA.—Eso te lo habrá dicho Carlos, tu leal consejero.

ROSARIO.—El único.

FLORA.—Cuando digo que estás muy nerviosa...

ROSARIO.—Carlos dice lo que piensa Agustín; pero Agustín no tiene confianza conmigo; no, no tiene confianza, y gracias a Carlos, sé cómo debo vestirme, cómo debo tratar a la gente de sociedad, cómo debo tratar a mi marido...

FLORA.—¿Pero no comprendes que haces muy mal en jugar de ese modo contigo misma?

ROSARIO.—¡Que hago mal! ¿En qué?

FLORA.—En todo. Hace días que estás desatinada. Hoy mismo, ¡venir sola en el coche con Carlos! Y tu marido mientras por esos andurriales, solo con esa loca, ¡una muchacha soltera!... Tú no estás acostumbrada a eso, tiene que parecerte muy mal, como a mí. Esas libertades, esa despreocupación, todo eso será muy distinguido, pero no es lo natural, y menos aquí, donde se ha dicho siempre: "Entre santa y santo, pared de cal y canto", y lo contrario es desafiar a la murmuración.

ROSARIO.—¿De quién? De tu gente, de tus pobres cursis. Pregúntale a mi marido: las señoras más distinguidas pasean en coche solas con amigos de su casa, y nadie debe asustarse; porque la mejor prueba de que nada tiene de particular, es que todo el mundo lo ve a la luz del día.

FLORA.—Sí, muy bonito; pero, desengáñate, esa moda, como los peinados raros, siempre los usa primero la que tiene que taparse algo. Sobre todo, tú misma me dijiste que Carlos se había atrevido...

ROSARIO.—No; fué una broma mal interpretada por mí; fué una tontería mía advertir a mi marido; bien se burló de mí. El mismo se permite mayores atrevimientos con amigas suyas. Figúrate: Carlos me invitó a visitar su galería fotográfica, para hacerme un retrato..., y yo dije que iría con tía Valentina o con sus hijas, y él entonces, con sonrisa burlona, me preguntó: "¿No se atrevería usted a venir sola?" Ya ves qué tiene de particular. Si lo tuviera, Agustín no lo consentiría, digo yo; aunque no me quiera mucho, al fin soy su mujer; pero cuando él no está celoso, yo ¿por qué voy a estarlo? ¿Por qué? ¿Que Agustín quiere a otra? ¿Quiere? No; tiene a otra. ¿Querer? Yo sé que no quiere a nadie.

FLORA.—¡Que no quiere! ¡Que no quiere! Más de lo que tú te figuras.

ROSARIO.—¿A mí? Bien sé que no. Si me quisiera se preocuparía algo más... ¿A esa otra? Tampoco. No; esa pobrecilla no me roba nada.

FLORA.—No hablo yo de ésa.

ROSARIO.—Pues no hay otra.

FLORA.—¿De veras? No tienes de mujer ni de sobrina mía tanto así. Y lo estás viendo a todas horas, delante de ti..., ¿y no has visto nada?

ROSARIO.—¿Yo? ¡Delante de mí!

FLORA.—Y cuidado que no soy yo sola quien lo ha notado; y cuidado que tu marido no tiene la culpa; pero esa chiquilla, una muchacha soltera... ¡Parece mentira!

ROSARIO.—¿Quién? ¿Lola? ¡No!

FLORA.—Si no está enamorada de Agustín, lo parece. Esa intimidad, siempre inventando algo para pasar el tiempo juntos... Y siempre la estorbas tú.

ROSARIO.—No; eso no. No es posible. En eso doy la razón a Agustín; no puede creerse; no puede pensarse... Es que sus primas son así; están educadas de otro modo que yo...

FLORA.—Y ése es el mal: el afán de parecer distinguidos a todo trance, sin preocupaciones, sin cursilerías, como ellos dicen... Ese trato desenfadado con los hombres, con todo el mundo... Sí; ya sé que no habrá intención por parte de ninguno; no juzgo tan mal a esa chiquilla; pero lo cierto es que, sin darse cuenta, unidos por

las mismas aficiones, los caballos, los perros, la caza, siempre tienen de qué hablar; no viven el uno sin el otro... Son pequeñeces todo, sí; pero esas pequeñeces son toda su vida, porque no viven para otra cosa, ni en otra atmósfera; de modo que, sin pensarlo, sin quererlo..., hay algo entre ellos que une su vida entera..., que ellos mismos no habrán notado, porque no los ata, los envuelve... Esta es la verdad que yo veo con mi experiencia; que otros han observado con su malicia, y que alguien adivinó celoso, primero que todos..., como debiste tú adivinarlo.

ROSARIO.—Te engañas, exageras... A tu casa va tanta gente, se habla de todo, es gente que se asusta como tú, como yo, de estas cosas, que murmura de todo, que envidia a los que lucen en esfera más alta y se complace en exagerar nuestros defectos.

FLORA.—Todo eso es verdad; murmuran, exageran; por eso las mujeres verdaderamente honradas deben exagerar su honradez tanto, que por mucho que exagere la murmuración, no pueda llegar hasta ellas.

ROSARIO.—Dices bien. La gente lleva razón al murmurar. Esas libertades en una muchacha... Pero yo no creo, no puedo creer que haya mala intención en todo ello. Agustín lo dice: Lola es su mejor amigo; su conversación es muy agradable... para los hombres.

FLORA.—Para los hombres como tu marido; conversación de cochero: que si el bocado, que si la serreta, que si el pura sangre... Y se burlan de las pobrecitas que van a mi casa. ¿No es preferible que canten el "Vorrei morire?" Luego esas muchachas como Lola, siempre han de preferir la conversación de los hombres casados. ¡Claro! Las hablan con más libertad, sin miedo de que los atrapen; ellas tampoco tienen por qué fingir con ellos; como no son futuros probables a quien hay que engañar haciéndose de inocentes..., y pasan el rato tan divertidos. Todo muy inglés, muy moderno y muy "chic". Ya sabes que Lola tenía un pretendiente, Manolo Castrojeriz, un excelente muchacho, con su carrera de ingeniero, la familia en buena posición; un gran partido, el mejor de los que van a mi casa.

ROSARIO.—¿Y Lola?

FLORA.—Admitió sus relaciones; se veían a diario,

pero el muchacho observó lo que observamos todos: que Lola no piensa más que en tu marido, que sólo se halla contenta a su lado, y el pobre chico, comprendiendo que no podía quejarse sin ofenderla gravemente, ni continuar en aquel segundo papel tan desairado, volvió a mi casa a contarme su triste aventura; y con este motivo en mi casa no se habla de otra cosa, y esa chica está en evidencia, y tú debes advertir a tu marido...

ROSARIO.—¿Yo? Nunca le advertiré nada. Ya le advertí una vez.

FLORA.—¿Pero qué te propones? ¿Que la gente os traiga y os lleve? ¿Que murmuren también de ti? ¿Que llegue Carlos a creer posible que tú...?

ROSARIO.—No sé; no tengo plan. Espero el último figurín. Porque hay figurines también para el alma, querida tía, y mi marido quiere que seamos distinguidos a todo trance.

FLORA.—¿Y él que se propone? Porque no veo la distinción de un marido engañado. Eso lo lleva mucha gente que no pasa por distinguida. Por supuesto, Agustín sabe que puede tener confianza.

ROSARIO.—Hay confianzas que ofenden... ¡Calla!... ¡Asunción!

FLORA.—La niña modernista. Esta es otra.

ESCENA VI

Dichas y Asunción.

ASUNCION.—He escrito una carta de dos pliegos. ¡Si cayera en manos de Félix! ¿Sabes a quién? ¿Te acuerdas de aquella amiguita mía francesa?

ROSARIO.—Aquella rubia, tan mona...

ASUNCION.—Se ha casado en París, y me escribe participándome...

ROSARIO.—¿Su boda?

ASUNCION.—No; su divorcio. Es un caso muy bonito; porque ella en el fondo quiere a su marido, pero al mismo tiempo quiere a otro... Es lo que se llama "la dualité".

FLORA.—"¿La duelité?" ¿Ahora lo llaman así?

ASUNCION.—Y me escribe una carta. ¡Pobrecilla! ¡Debe ser horrible querer de esa manera! ¡Y el cariño único es tan difícil de encontrar en una sola persona!... ¿Tú qué opinas?

ROSARIO.—¡Ah! Yo no entiendo de esas cosas.

ASUNCION.—Tú no conoces la lucha.

ROSARIO.—No; yo vivo en el Limbo; eso debe creer mucha gente.

ASUNCION.—¿Quién sabe? Puede que también tengas tu novela. Yo soy muy observadora.

ROSARIO.—Sí; observaciones de novela. La vida es otra cosa; es más imprevista en sus combinaciones. Si de mí dependiera, créelo, ahora mismo pasaría muchas, muchas hojas de mi novela, como tú dices, para llegar cuanto antes al desenlace.

ASUNCION.—¿Qué tienes? Estás muy nerviosa... Como yo... ¡El tiempo! Pero mis nervios son más terribles... Están desatados.

FLORA.—Mi médico, hombre de mucho mundo, a las muchachas nerviosas que visita les receta siempre duchas a gran presión...

ASUNCION.—¿Siempre?

FLORA.—Sí; dice que es lo más parecido a los azotes.

ASUNCION.—¡Qué gracia! ¿Cree usted que mis ataques de nervios son fingidos?

ESCENA VII

Dichas, Valentina y *Félix.*

ROSARIO.—¡Valentina!

ASUNCION.—¡Hola, mamá!

VALENTINA.—Mira quién te traigo.

FELIX.—Señoras...

ASUNCION.—¡Cuánto me alegro! Iba a llamarle a usted por teléfono.

FLORA.—*(Bajo a Rosario.)* ¡Jesús! ¡Qué prisa la corría!

VALENTINA.—Le he encontrado en casa de Lulú Acevedo. ¿No sabes? Entusiasmadísimo con Pilar: allí todos dicen que se casan.

ASUNCION.—¿No la ha encontrado usted más tonta que Pilar? No volveré a leer un libro de usted. Si cuando se admira a un artista, no debía una conocerle personalmente. Son ustedes tan vulgares como los demás. ¡Enamorarse de Pilar! La bella y la bestia, como la llama todo el mundo.

FELIX.—Ese mote ha servido para muchas; además, es el título de un cuento de hadas. *(Sigue hablando.)*

VALENTINA.—*(A Rosario.)* ¿Y no han vuelto todavía? ¡Qué diablura! Gracias a que Agustín no se habrá separado de ella.

FLORA.—Sí, gracias.

VALENTINA.—Aunque ella lo mismo se hubiera quedado sola. No se asusta por nada; pero hoy tendré que ponerme seria.

ASUNCION.—*(A Félix.)* ¿Que no ha pensado usted nunca en casarse conmigo, porque me quiere usted demasiado? Explíquese usted.

FELIX.—Cuando lea usted mi última obra, lo comprenderá usted.

ASUNCION.—¡Ay! ¡Déjeme usted el manuscrito! ¿Me ha retratado usted, como usted acostumbra, al desnudo?

FELIX.—Moralmente.

FLORA.—Aquí están los perdidos.

ROSARIO.—Agustín y Lola.

VALENTINA.—¡Ay, qué hija! Gracias a Dios, no le ha ocurrido nada.

FLORA.—¡Sí; ya puede usted dar gracias a Dios si el mejor día no le ocurre algo!

ESCENA VIII

Dichos, Lola y Agustín.

LOLA.—¡Salvos!

VALENTINA.—¡Pero hija mía! No sé cómo decirte que no me hacen gracia estas locuras.

LOLA.—¡Oh! Si hemos corrido verdaderos peligros; rodeados de fieras y de tribus salvajes, ¿verdad, Agustín?

VALENTINA.—Si es para tomarlo a broma. El mejor día vuelves con una pierna o un brazo roto, y ya verás,

ya verás cuando tengas que pasarte dos meses sin salir de casa.

FLORA.—*(Aparte, a Rosario.)* No ha encontrado amenaza más terrible. ¡Dos meses sin salir de casa! ¡Claro, para ella, el purgatorio!

ROSARIO.—*(A Agustín.)* Os esperamos un gran rato; pero ante aquel diluvio...

AGUSTIN.—Hicisteis perfectamente en no esperarnos. Nosotros nos refugiamos en la caseta de un guarda de consumos.

LOLA.—Un jefe de tribu muy sociable. Nos obsequió con una ensalada de pimientos; estaba riquísima.

AGUSTIN.—Yo no la probé.

VALENTINA.—¿Y a quién se le ocurre?

LOLA.—El hombre estaba encantado conmigo. ¡Vaya una señorita simpática!

FELIX.—Yo creo que por unos días ha conjurado usted la revolución social.

AGUSTIN.—Cuando cesó la lluvia, emprendimos la vuelta; no os encontramos, ni al coche tampoco; en la Florida tomamos uno de punto, y al llegar a la calle de Bailén vimos el nuestro, que volvía a buscarnos; subimos en él...

LOLA.—Fuimos a casa a mudarme de ropa, porque no quiero decirte cómo estaba...

AGUSTIN.—Yo también me he vestido allí. Envié a Tommy por ropa.

FLORA.—Así, con confianza.

AGUSTIN.—Y ésa es toda nuestra epopeya. ¿Y vosotros, sin novedad también? ¿Y Carlos?

ROSARIO.—También fué a mudarse. ¿Quieres una taza de te? ¿Y tú, Lola?

LOLA.—No; hemos tomado en casa un "cock-tail", hecho por mí, y que diga Agustín si yo sé preparar un "cock-tail".

AGUSTIN.—Como no lo he tomado nunca. *(A Rosario.)* ¿No ha venido papá?

ROSARIO.—Sí; te espera en el escritorio con don Rafael.

AGUSTIN.—Pues voy a verle. Ahora siento frío.

LOLA.—Está visto que la más valiente soy yo. Que diga Agustín si he tenido miedo.

AGUSTIN.—Eres todo un hombre "my dear boy".

LOLA.—"A true fellow is't not"? *(Sale Agustín.)*

ESCENA IX

Dichos, menos *Agustín.*

FLORA.—*(A Rosario.)* ¿Estás ya edificada? ¿Qué dices ahora?

ROSARIO.—¡Qué atrevimiento!

LOLA.—¿Te has asustado mucho, Rosario? ¡Cualquiera te anima otro día!

ROSARIO.—No es el primer chaparrón que me ha sorprendido en el campo. Allí, en Salamanca, ¡cuántas veces! Eso sí, siempre me acompañaba mi padre o alguno de mis hermanos o algún amigo respetable de casa.

LOLA.—Lo cual es muy aburrido. Porque habrá tenido que oír Carlos al verse solo contigo. No podrá quejarse de mí.

ROSARIO.—¡Lola!

LOLA.—No te asustes. Agustín se reía al pensar en el mal rato que tú estarías pasando.

ROSARIO.—¿Se reía?

LOLA.—Ahora Rosario sólo pensará en lo que dirá la gente cuando se sepa la aventura del bosque. ¡Ja, ja!

ROSARIO.—En lo que tú no pensarías, ¿verdad?

LOLA.—¿Por qué me miras así?

ROSARIO.—Por nada.

ESCENA X

Dichos y *Don Gasparito.*

GASPARITO.—¿Ya estás aquí? ¡Adiós, Félix!

FELIX.—¡Amigo mío!

VALENTINA.—Ahora diré a tu padre que te regañe. Gaspar, es preciso que digas a tu hija...

GASPARITO.—Déjame ahora, mujer. No estoy para nada. Me vais a quitar la vida.

LOLA.—¿Qué tienes, papá?

VALENTINA.—¿Qué te ocurre?

GASPARITO.—Sí; hace días que no me encuentro bien.

ASUNCION.—Vaya, papá, no seas aprensivo.

GASPARITO.—Hace un rato me fuí a jugar al billar por hacer algo de ejercicio, y apenas empiezo, noto un cansancio que no era natural; me siento en un diván... ¡y me quedo dormido! Es decir, congestionado, un amago de congestión; un sueño que no era natural.

VALENTINA.—No digas; tú siempre has dormido mucho.

GASPARITO.—Pero a mis horas.

LOLA.—Vaya, papá, no te preocupes.

GASPARITO.—Esto se va, hijas mías; pronto os quedaréis solas con vuestra madre, muy buena, pero muy débil. ¿Qué será de vosotras?

ASUNCION.—¡Ay, papá! No nos aflijas, que yo estoy muy nerviosa.

VALENTINA.—¡Qué cosas dices! Cualquiera dirá que estabas a la muerte. Yo, sólo de pensar en esas cosas...

GASPARITO.—Hay que estar preparados para todo.

FLORA.—*(A Rosario.)* ¡Qué cuadro de familia!

FELIX.—Vaya, don Gasparito, ahora no llueve. ¿Quiere usted que demos un paseíto a pie?

ASUNCION.—Sí, sí; lléveselo usted.

GASPARITO.—Sí; lléveme usted. ¡Este maldito tiempo!... Por los soportales de la plaza Mayor; es mi paseo de invierno.

FELIX.—Por donde usted quiera.

GASPARITO.—Si es que los médicos no me entienden; atacan mi enfermedad por el estómago, y yo de lo que estoy malo es de la cabeza. La Medicina está muy atrasada. Adiós, hijas mías.

VALENTINA.—Luego iremos a verte. Acuéstate si no te encuentras mejor.

GASPARITO.—¿Acostarme? No; ya sabes que siempre he tenido la preocupación de que he de morirme acostado.

VALENTINA.—Vamos, calla, calla, que la metes a una el corazón en un puño,

LOLA.—Hasta luego, papá.

FELIX.—Señoras... *(Salen don Gasparito y Félix.)*

ESCENA XI

Rosario, Doña Flora, Valentina, Asunción y *Lola.*

VALENTINA.—Nosotras también nos vamos. Yo no he entrado en casa desde las diez de la mañana; son las seis de la tarde, y todavía con el libro de misa. Cualquiera que me vea... ¡Qué vergüenza!

FLORA.—Creerá que viene usted de las Cuarenta Horas.

VALENTINA.—Vamos, hija.

LOLA.—No; yo como aquí... Agustín quiere que vayamos a Apolo esta noche a ver esa zarzuelita nueva. *(A Rosario.)* ¿No te ha dicho nada?

ROSARIO.—A mí, no.

VALENTINA.—¿Al teatro de Apolo?

LOLA.—No te asustes, van muchachas. Si queréis venir, Agustín sabe el número del palco; os avisaremos por teléfono.

FLORA.—*(A Rosario.)* Ella lo dispone todo.

VALENTINA.—No; esta noche, estando tu padre tan delicado, no me parece bien que vayamos todos al teatro.

LOLA.—Como queráis.

VALENTINA.—Adiós, Rosarito.

ROSARIO.—Hasta mañana, tía.

VALENTINA.—Flora, tanto gusto... *(A Lola.)* ¿Te mandamos otro vestido?

LOLA.—No; voy así.

ASUNCION.—*(Bajo, a Lola.)* Te advierto que Rosario está muy nerviosa.

LOLA.—La aventura del bosque. ¡Si estas Santa "Nitouche"!... Ya lo decías tú... *(Salen Valentina y Asunción.)*

ESCENA XII

Rosario, Doña Flora y *Lola.*

LOLA.—*(A doña Flora.)* Y Manolo Castrojeriz, ¿va por su casa de usted?

FLORA.—Sí; faltó dos o tres jueves...

LOLA.—Se lo embargué yo a usted. ¿Y qué dice ahora de mí?

FLORA.—Dice... muchas cosas.

ROSARIO.—Según mis noticias, es un buen muchacho, y te quería. ¿Por qué le has desairado?

LOLA.—Es un majadero, un impertinente.

FLORA.—Pues ya tiene otra novia, y ahora va de veras.

LOLA.—Me alegro. ¿La ha encontrado en su casa de usted? Sí; allí hay partido muy a propósito para él, entre aquellos ángeles inocentes que se asustan de todo lo que hacemos las demás, y ellas no piensan más que en atrapar marido. Y aquellas mamás, que para animar a los jóvenes sólo hablan de las habilidades de sus hijas: "¿Ve usted ese vestido? Ella se lo ha hecho." "¿Qué le gusta a usted más? Mi hija es una gran cocinera, y ella, si usted viera, es de muy poco comer." ¿Sabe usted cómo las llama Félix? Las traineras.

FLORA.—En mi casa se verá todo eso de que te burlas con tanta delicadeza, muy propia en una señorita... Pero no se ven otras cosas.

LOLA.—¡Naturalmente!

FLORA.—¿Sabes lo que dice Manolo de ti?

LOLA.—¡Ah! ¿Lo dice? ¿Tiene valor de decirlo ese majadero? Y en su casa de usted, ¡claro!, todos le darán la razón.

ROSARIO.—Y tú das motivo para que todo el mundo lo crea.

LOLA.—¡Ah! ¿Tú también? ¿A ti también te han venido con el cuento y tú crees también...?

ROSARIO.—Que tus libertades son impropias de una muchacha soltera; que te pones en ridículo y nos pones a todos.

LOLA.—¡Ah! ¿Estás celosa?

ROSARIO.—¿Celos yo?... ¿De ti?...

LOLA.—Mira, Rosario: todo esto son murmuraciones de gente cursi, y vienen... de donde vienen. Procura que no se entere Agustín, porque tendrías un disgusto.

ROSARIO.—¿Es un consejo?

LOLA.—De amiga, que te guardará este secreto, como te guarda otros.

ROSARIO.—¿Qué dices?

FLORA.—¡Habráse visto!

ROSARIO.—¡Oh! Eres una chiquilla mal criada, sin pudor alguno.

LOLA.—Mira lo que dices. Estoy en tu casa, me estás insultando... Cuando Agustín lo sepa...

ROSARIO.—¿Me amenazas todavía?

LOLA.—¡Oh! ¡Quiero irme, quiero irme!

ROSARIO.—Es lo mejor.

LOLA.—Sola, sí; no espero a nadie.

FLORA.—Yo te acompañaré; vamos.

ROSARIO.—Sí; llévatela...

LOLA.—Vámonos, vámonos.

ESCENA XIII

Dichos y Agustín.

AGUSTIN.—He mandado por el palco... ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Por qué llora Lola?

LOLA.—No volveré nunca a esta casa; me ha echado Rosario...

AGUSTIN.—¿Qué?

LOLA.—Tiene celos de mí; por eso... Déjame, déjame...

AGUSTIN.—Rosario, Flora, ¿qué es esto?

FLORA.—Nada; que las mujeres somos así; no queríamos ser cursis y hemos acabado por ser ordinarias. No preguntes más. Vamos, niña, déjate de llantos...

LOLA.—Se lo diré a papá. *(Salen Lola y doña Flora.)*

ESCENA XIV

Rosario y Agustín.

AGUSTIN.—¿Puedes explicarme?... ¿Es verdad lo que ha dicho Lola? ¿Por celos? ¿Tú has podido creer...?

ROSARIO.—Yo, no: lo cree todo el mundo; lo ve todo el mundo. Vosotros habéis hecho todo lo imaginable para que lo crean.

AGUSTIN.—¿Quién?... ¿Quién?... La tertulia de tía Flora; gente así...

ROSARIO.—Gente así, gente como yo, gente que no ve con tranquilidad que se juegue con el peligro. Y esa libertad de trato entre hombres y mujeres es siempre peligrosa.

AGUSTIN.—Yo no veo peligros donde no los busco...

ROSARIO.—El peligro de que la gente crea lo que no es, sólo porque puede ser..., ya es bastante.

AGUSTIN.—Pero ¿qué gente? Gente ridícula, a quien no preguntaría uno su opinión sobre la corbata que lleva uno, y vamos a tomarla en cuenta para saber cómo hemos de vivir a gusto suyo.

ROSARIO.—Ya no se trata de la gente: se trata de mí. A mí es a quien no le parece bien.

AGUSTIN.—Por supuesto, otra ridiculez, otro espanto como el del otro día. No podemos recibir a nadie, ni tratar a nadie; será el único modo de vivir tranquilos. ¿Te parece bien? Cuando Lola cuente en su casa lo sucedido... ¿Qué dirán todos?... ¡Suponer que una muchacha...! ¡Suponer que yo...! ¡Bah!... Te has propuesto estar en ridículo, y te digo que si hemos de vivir siempre así, con un lance de estos cada día...

ROSARIO.—No, descuida. Será el último.

AGUSTIN.—¡Ah, Carlos!

ESCENA XV

Dichos y *Carlos.*

CARLOS.—*(A Rosario.)* ¿Ha descansado usted?

ROSARIO.—Sí. Muchas gracias.

CARLOS.—*(A Agustín.)* ¿Y qué fué de vosotros? Ya te habrá dicho Rosario...

AGUSTIN.—Sí. ¿Tienes que hacer?

CARLOS.—¿Yo? Nada. He venido por saber si Rosario estaba bien; con el susto...

ROSARIO.—Soy muy fuerte.

AGUSTIN.—¿Quieres que comamos juntos en el Club? Tengo que ver a Torres, ahora me acuerdo.

ROSARIO.—¿Ahora te acuerdas?

CARLOS.—Estoy a tu disposición.

AGUSTIN.—Pues voy a vestirme, y en seguida... *(A Rosario.)* ¿Ya no iréis al teatro esta noche?

ROSARIO.—¿Yo? No.

AGUSTIN.—Está bien. *(Sale.)*

ESCENA XVI

Rosario y Carlos.

ROSARIO.—¿Me dejan ustedes sola? Comeré sola por primera vez en mi vida.

CARLOS.—¿De veras? No; yo le diré a Agustín...

ROSARIO.—Ni una palabra. Se lo suplico a usted.

CARLOS.—Está usted triste y su mejor amigo; amigo es poco: hermano...

ROSARIO.—¡Jesús! Era poco amigo, y ahora hermano...

CARLOS.—¿No lo cree usted? ¡Si viera usted cómo se han transformado mis sentimientos al comprender que es usted desgraciada!...

ROSARIO.—¿Transformación o disfraz?

CARLOS.—¿Por qué dice usted eso?

ROSARIO.—Porque no creo en tanta y tanta compasión.

CARLOS.—Es que usted misma no quiere darse cuenta de lo que sufre.

ROSARIO.—Me pone usted nerviosa con tanto compadecerme. Yo no tengo tristezas. ¿Quién merece que yo esté triste? No, por favor; no me cuente usted lástimas de mí misma. Hable usted de otra cosa, de... de sus fotografías...

CARLOS.—Estoy escarmentado.

ROSARIO.—¡Bah! No renuncio a que usted me retrate.

CARLOS.—No seré yo quien lo proponga.

ROSARIO.—¿Qué le dije yo a usted? Que iría a retratarme.

CARLOS.—Con Valentina o con sus hijas...

ROSARIO.—Y usted me preguntó si no me atrevería a ir sola.

CARLOS.—Y usted se incomodó mucho.

ROSARIO.—¡Una tontería! Cuando menos lo piense usted...

CARLOS.—¿Irá usted?

ROSARIO.—¿Por qué no?

ESCENA XVII

Dichos y el *Marqués.*

MARQUES.—Agustín te espera.

CARLOS.—Voy. Rosario, ¿hasta mañana?

ROSARIO.—Hasta mañana. *(Sale Carlos.)*

MARQUES.—¿Y tus primas? ¿Y tu tía Flora?

ROSARIO.—Todos se han marchado.

MARQUES.—¿Y vas a comer sola?

ROSARIO.—Si tú quieres...

MARQUES.—El caso es que...

ROSARIO.—¿Alguna combinación?

MARQUES.—No, mujer...

ROSARIO.—¡Vaya! ¡Papa, papá! ¡A tus años!

MARQUES.—Sí, es verdad. Ya es hora de empezar a ser padre. Me quedo; comeremos los dos solitos, tan ricamente, hija mía.

ROSARIO.—Hija, sí. ¿Tú no sabes que yo te llamo padre sin esfuerzo alguno? En esta sociedad, nueva para mí, eres el único que me recuerda a los míos, a mis viejos. Tú serás como quieras, pero tienes corazón.

MARQUES.—Eso sí, hija mía; el corazón me ha perdido. Un corazón tan grande que, si no fuera por mi hijo, hoy estaría ya casi arruinado... Y todo deudas del corazón. Ahora mismo acabamos de arreglar ese asunto.

ROSARIO.—He oído algo, pero no sé...

MARQUES.—Sí; es vuestra la finca de la Hondonada.

ROSARIO.—¿Nuestra?

MARQUES.—Sí. Agustín levanta la hipoteca, paga otros piquillos y me compra la finca...

ROSARIO.—¿Comprar? ¡Comprarte la finca! ¡Oh! Eso sí que no... Pagar, sí; comprar, no.

MARQUES.—¡Chiquilla!

ROSARIO.—¡Oh! No, no. Hasta eso, no. He tolerado todos sus figurines, todo lo inglés y lo "chic" y lo dis-

tinguido con que ha atormentado mi cuerpo y mi corazón; pero eso, no; ¡eso, no! Lo dice tu hija.

MARQUES.—¡Rosario! Agustín no sabe lo que vales... ¡Por vida! Yo le diré...

ROSARIO.—Nada, nada. Déjame; es que necesito pensar en algo bueno, para no pensar en tanto malo. Porque yo quiero ser buena, como mi madre; como la madre de Agustín, que era una santa, ¿verdad?

MARQUES.—¡Sí, hija mía! Pero ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?

ROSARIO.—Estoy muy triste, papá de mi alma; estoy muy triste. Llámame hija, tu hija...

MARQUES.—Hija, sí. ¡Hija mía! Pero ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? No llores tú, pobrecita mía. Y si es mi hijo quien te hace llorar, sabrá por primera vez quién es su padre.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

El *Marqués. Félix*, con un libro en la mano.

MARQUES.—Agustín no debe tardar; me ha citado aquí; de Rosario no sé...

FELIX.—Ahora vengo de casa de sus primas, de ofrecerles también un ejemplar.

MARQUES.—De modo que ésta es su última producción. Una novelita, ¿verdad?

FELIX.—Poema historial; es un género nuevo: ni poema, ni novela, ni historia. Lo explico en el peristilo.

MARQUES.—Todo modernismo, ¿eh?

FELIX.—¡Oh! Algo más: actualismo. Despreciar todo lo que no existe en el momento actual. Eternizar lo efímero, fijar lo fugitivo, engrandecer lo diminuto. Eso debe ser el arte, el arte nuestro; el actualismo; no hay otro arte posible.

MARQUES.—Inventan ustedes con el demonio.
FELIX.—Usted se reirá.
MARQUES.—Todo lo que pueda.
FELIX.—Son muchos los que se ríen.
MARQUES.—Y usted, el primero.
FELIX.—¿Yo?
MARQUES.—¡Bah! Usted tiene bastante sentido común para estar en el secreto; pero, ¡claro!, es tan difícil llamar la atención escribiendo como todo el mundo... No pueden ustedes ser originales, y son ustedes extravagantes. Pero es peligroso jugar con esas cosas, sobre todo aquí, donde se piensa poco y se medita menos; el arte no debe malgastar sus fuerzas en juegos malabares y en piruetas; tiene algo más serio que hacer. Esto que usted escribe, créame usted, es música "di camera", y ahora necesitamos buenos trompetazos; los de Jericó todavía es poco: los del Juicio Final.
FELIX.—Insigne Marqués: mi deseo mayor es cantar hazañas. Siéntase usted Aquiles, y yo me sentiré Homero.
MARQUES.—¿Y está usted seguro de que Aquiles no fué invención de Homero? Invénteme usted; alguna hazaña mía pudiera contarle. Todavía, cuando cambia el tiempo, me duele un balazo, recibido allá en mis mocedades por defender, no quiero acordarme, si la libertad o la monarquia.
FELIX.—Lo mismo da para el resultado.
MARQUES.—Tiene usted razón. Entonces los nobles, los verdaderos nobles, éramos liberales; hoy, los improvisados, los que todo se lo deben a la libertad, reniegan de ella.
FELIX.—La pusieron ustedes tan cursi...
MARQUES.—No; caímos en el lazo que nos tendieron los reaccionarios, diciendo que era cursi. ¿Por qué? Porque la llevaba mucha gente. Lo que yo digo: el miedo a lo cursi. La aristocracia francesa, por oposición a la república democrática, exageró la nota reaccionaria; nuestras clases directoras copiaron el figurín porque venía de París, y nos dimos a la devoción, "sacré-cœur". Una reacción sin grandeza, que ni siquiera recoge la tradición española. ¿No ha observado usted en muchas capi-

tales de provincias, donde existe una magnífica catedral, que casi siempre está desierta, mientras lo más distinguido de la población acude a una de esas capillitas a la moderna, de almidón y purpurina? Pues así hemos hecho nosotros. Hemos abandonado el templo grandioso donde se concibe a un Dios infinito, a un Dios de todos, por la capillita de la imagen de moda, de congregación, de partido, donde se entra con papeleta.

FELIX.—Los espíritus escogidos siempre buscamos un refugio: la torre de marfil que nos aísle de la multitud.

MARQUES.—¡Bah! Ya son ustedes muchos los del otro lado; ya empieza a ponerse cursi también. Pronto empezará el desfile de los distinguidos a la otra acera, como en los paseos de moda. Y la Humanidad se pasará así la vida. Los espíritus escogidos, como usted dice, huyendo de la multitud; la multitud, siguiéndolos por donde vayan. Unos, cursis por el afán de imitar a otros; otros, más cursis por el afán de distinguirse de todos.

FELIX.—Todos cursis entonces..., y yo y mi libro...

MARQUES.—Cursi, si ha querido usted imitar a algún escritor de moda; más cursi si ha querido usted no parecerse a ninguno.

ESCENA II

Dichos y Agustín.

AGUSTIN.—¡Hola, Félix! ¡Adiós, papá!

FELIX.—¿Dónde te metes? No se te ve por ninguna parte.

MARQUES.—Anda de torre de marfil también. Van ustedes a concluir con los elefantes.

FELIX.—He preguntado por ti en casa de tus primas; por cierto que... ¿Habéis tenido algún disgusto?

AGUSTIN.—¿Te han dicho algo?...

FELIX.—No; pero pregunté por dos veces si no venían por aquí, si no veían a Rosario, y las dos veces cambiaron de conversación, como si las molestara...

AGUSTIN.—¡Ah! Es tu nuevo libro...

FELIX.—Sentiría haber cometido una inconveniencia, si es que en efecto...

AGUSTIN.—¡Bonita edición! Parece francesa. ¡Ah! Dedicado a mi mujer...

FELIX.—*(Bajo, al Marqués.)* ¿He cometido una inconveniencia?

MARQUES.—No; dos.

FELIX.—¿Eh?

MARQUES.—Porque en vista del éxito obtenido allí, no debía usted haber preguntado aquí nada.

FELIX.—Deploro...

AGUSTIN.—Rosario no debe estar en casa. *(Al Marqués.)* ¿Sabes si...?

MARQUES.—No; ha salido.

FELIX.—Sí; estando yo con Carlos en su casa hace media hora, le llamó tu mujer por el teléfono desde casa de la modista para que le enviara unos grabados con trajes de época.

AGUSTIN.—¿Y sabes si pensaba salir Carlos de su casa? Porque tengo que verle.

FELIX.—No; no pensaba salir en toda la tarde. Pero no vayas; casi me ha echado.

AGUSTIN.—¿Esperaba a alguien?

FELIX.—¡Qué sé yo! Con el pretexto de la galería fotográfica... Te dejo, chico. Dí a Rosario que esta vez puede leerme sin miedo. Marqués, siempre dispuesto a cantar sus glorias. ¿Qué le parecería a usted un poema sobre su última conquista?... Todo se sabe. Al salir estas noches a escena el coro de cierto teatro, todo el mundo exclama como don Bartolo: "E'ranno seis; é sono cinque".

MARQUES.—No, inventor del actualismo; no se sabe todo. Yo le aseguro a usted que de mi última conquista no sabe usted nada; y ha sido la mejor de mi vida.

FELIX.—¡Ya está usted bueno! *(Sale.)*

ESCENA III

El *Marqués* y *Agustín.*

AGUSTIN.—¿Te ha dicho don Rafael que ya está arreglado el asunto?

MARQUES.—Sí.

AGUSTIN.—¿Lo sabe Rosario?

MARQUES.—¿No se lo has dicho tú?

AGUSTIN.—Siempre nos vemos delante de gente; si nos quedamos solos, huye de mí. Cuando sabe que yo estoy en casa se le ocurre siempre salir. Y ahora no dice dónde va, como antes.

MARQUES.—Le has dicho tantas veces delante de mí: "Vé donde quieras; yo no soy un marido tirano que te pide cuentas de tus acciones".

AGUSTIN.—Entonces no era este salir y entrar a todas horas. Y una cosa es que a cada paso me dijera dónde iba delante de gente, y otra cosa que haga misterio de todo. A casa de su tía Flora no va hace días; ahora tampoco va a casa de su tía Valentina.

MARQUES.—¿Te has enterado?

AGUSTIN.—No es que haya ido a preguntarlo... Lo se...

MARQUES.—Aunque lo hubieras preguntado; si te preocupa...

AGUSTIN.—Me preocupa, sí; porque no hay modo de entender a esa criatura. Además es rencorosa; siente y no quiere darse por sentida. Se ha propuesto desesperarme.

MARQUES.—Y lo consigue.

AGUSTIN.—Pero entretanto temo...

MARQUES.—¿Qué?

AGUSTIN.—Alguna locura, alguna falta de tacto. En su afán de darme en cara, por lo que ella cree indiferencia en mí; porque no he tomado en cuenta sus celos ridículos...

MARQUES.—¡Ah! ¿Quiere que tú...?

AGUSTIN.—¿Celos yo? Por mi parte no tomaré en serio esa comedia que quiere representarme; pero sí le haré comprender que ya basta de ponernos en ridículo y de dar que hablar a la gente.

MARQUES.—No conoces a Rosario. Mientras hables como profesor de "tenue", no conseguirás nada.

AGUSTIN.—¡Y si no tiene idea de lo que es vivir en sociedad! Lo sucedido con Lola, ¿te parece serio? ¿Había fundamento para suponer...?

MARQUES.—¡Hombre! Mientras ella estuviera soltera, no.

AGUSTIN.—No digas tú también desatinos, papá. ¡Si supieras de qué humor estoy!...

MARQUES.—"Spleen, spleen". Algo inglés. Porque no creo que te aqueje la enfermedad de Otelo, que también es de Inglaterra, aunque italiano; pero los italianos tienen un proverbio que dice: "Inglese italianizatto, diavolo incarnato".

AGUSTIN.—¿Qué quieres decir con eso?

MARQUES.—Nada; que cuando un inglés deja de ser inglés...

AGUSTIN.—Pero ¿crees que yo no tengo nervios?

MARQUES.—Pues cuidado, mucho cuidado. No cometas alguna incorrección. Rosario es tu mujer y debes tratarla siempre con respeto, mucho respeto; es la base del matrimonio; respeto y consideración; lo he leído en una novela inglesa.

AGUSTIN.—¿Quieres sacarme de quicio?

MARQUES.—Ni una palabra más. Rosario vuelve; os dejo solos. ¿No dices que nunca estáis solos? Pero cuidado, ¿eh? Respeto, consideración, nada que ofenda, nada que moleste; siempre correcto.

AGUSTIN.—¡Papá! *(Sale el Marqués riéndose.)*

ESCENA IV

Agustín, Rosario y un *Criado.* Rosario se sienta. Agustín, lo mismo. Pausa. Entra el criado con un sobre grande.

CRIADO.—Con permiso. *(Agustín va a coger el sobre.)* Es para la señora. *(Rosario abre el sobre y saca una fotografía que deja de pie sobre la mesa. Sale el criado.)*

ROSARIO.—*(Con indiferencia.)* ¿Ha venido alguien?

AGUSTIN.—Sí, Félix. Ha dejado para ti este libro, su libro...

ROSARIO.—¿Qué miras? Mi retrato. Está bien, ¿verdad? Mejor que de fotografía.

AGUSTIN.—Sí; como que tiene un fotógrafo que coloca y que revela.

ROSARIO.—No, no; éste lo hizo él solo.

AGUSTIN.—Pero tendría allí el preparador.

ROSARIO.—Cuando yo fuí, no; estaba él solo. El hizo el retrato, él lo reveló...

AGUSTIN.—Alguien estaría...

ROSARIO.—Yo no vi a nadie. Es un bonito retrato, ¿verdad? *(Cogiendo el sobre.)* Otros retratos iguales... ¿Come hoy alguien con nosotros?

AGUSTIN.—Papá, nada más.

ROSARIO.—Me alegro. *(Sale.)*

ESCENA V

Agustín, el *Marqués* y *Gasparito.*

MARQUES.—Pasa, pasa. Déjate de tonterías.

AGUSTIN.—¡Querido tío!

MARQUES.—Y Rosario, ¿huyó?

AGUSTIN.—¡Cuánto tiempo sin verte!

GASPARITO.—Ya ves, con estas cosas...

MARQUES.—*(A Agustín.)* ¿Qué miras? ¡Ah! Está muy bien, muy bien. Está hablando.

AGUSTIN.—¿Hablando?

MARQUES.—¡Ah! No me había fijado en la firma del fotógrafo. Tienes razón, no está hablando. Es un silencio muy expresivo el de este retrato... Pero ya hablará. Conque, Gasparito, ¿qué es de tu vida?

GASPARITO.—Ya ves, con estas cosas... Agustín, tú no eres padre. *(Al Marqués.)* Tú apenas lo eres. Tener un hijo no es ser padre.

MARQUES.—Teorías tuyas.

GASPARITO.—He estado luchando antes de venir; no sé si hago mal, pero yo necesito una explicación, la tranquilidad de mi casa, el nombre de mis hijas, víctimas de la maledicencia de este Madrid, Rosario que ha podido creer...

MARQUES.—¡Bah! Chiquilladas. No hay que agrandar esas pequeñeces. Todo ello no ha sido más que ligereza de una parte, malas interpretaciones de otra... Yo me encargo de que no se hable más del asunto; ya le he dicho a Rosario...

GASPARITO.—Pero ¿no sabes lo que ocurrió anoche?

AGUSTIN.—¿Anoche? ¿Dónde?

GASPARITO.—En el "foyer" del Real. Al salir se encontraron de manos a boca mi mujer y mis hijas con Rosario, que iba acompañada de su tía Flora. Había gente conocida de todos, y Valentina y mis chicas creyeron lo más correcto saludar a tu mujer, como siempre; pero Rosario, en lugar de agradecer la atención, se encara con Lola; dijo que si te había escrito unas cartas en estos días...

AGUSTIN.—¡Qué disparate! Unas cartas que no tienen nada de particular.

GASPARITO.—¡Naturalmente! ¡Pobre criatura! Lola la contestó en broma, y Rosario entonces, descompuesta como una mujer cualquiera, la dió un abanicazo en el hombro. ¡Figúrate! ¡Rompió el abanico! Lola tuvo bastante serenidad para que la gente creyese que era una broma; doña Flora se llevó a Rosario; pero hubo quien se enteró; a Valentina le dió un ataque al llegar a casa; las chicas están como locas... Su casa es una desolación desde anoche. Pero ¿no sabías nada?

MARQUES.—Yo, no.

AGUSTIN.—Ni yo. Bien está. ¿Tengo razón ahora?

MARQUES.—¡Calma!

GASPARITO.—Sumad este nuevo golpe a lo ocurrido anteriormente, y decidme cómo estaré. No sé lo que me pasa, no sé cómo vivo; con decir que no me ha dolido nada en estos días... Los sufrimientos morales se sobreponen a todo. Y mis hijas, sin experiencia del mundo, tan buenas en el fondo, con aquel corazón... Asuncioncita dice que quiere entrar en un convento; Lola dice que se casará con el primer imbécil que se encuentre, y a mi mujer se le puede ahogar con un cabello.

MARQUES.—Aprovecha la ocasión.

GASPARITO.—No te burles de nuestra pena.

MARQUES.—Si no me burlo. ¡Válgame Dios! Tan distinguidos como éramos todos y tan correctos, y en un momento... abanicazos, celos mal reprimidos... *(A Agustín.)*, y tú que vas a romper esa fotografía, que no tiene la culpa de nada.

AGUSTIN.—Yo lo sabré. Voy a casa de Carlos. Necesito que me explique...

MARQUES.—Pero Agustín...

AGUSTIN.—¡Pobre de él si ha tratado de ponerme en ridículo valiéndose de los celos de Rosario!

MARQUES.—No vayas...

AGUSTIN.—¡Yo le aseguro...!

MARQUES.—Te digo que no vayas. ¿Quieres saber a qué atenerte? Déjame a mí. *(Toca un timbre y sale un criado.)* Avise usted a la señorita. *(Sale el criado.)*

AGUSTIN.—¿Qué vas a decirle?

MARQUES.—Déjame a mí. Y tú, Gasparito, no te apures; tus hijas están por encima de la murmuración. Y en Madrid se habla mal de todo el mundo, pero no se habla más que un día de cada uno.

GASPARITO.—Es muy triste, muy triste, estas desavenencias en una familia como la nuestra, tan unida siempre. Agustín, no quieras ser padre. *(Salen Agustín y Gasparito.)*

ESCENA VI

Rosario y el *Marqués.*

ROSARIO.—¿Eras tú solo el que me llamaba?

MARQUES.—Sí; yo solo. Los dos solos nos entendemos muy bien. ¿No es verdad?

ROSARIO.—Sí... Ante todo, ¿se arreglaron tus asuntos?

MARQUES.—Ante todo: Agustín me ha encargado de decirte que si procedió de otro modo fué porque, tratándose de intereses que son tuyos tanto como suyos, no podia atreverse a disponer sin contar contigo.

ROSARIO.—Si me estimara, si me conociera, sin contar conmigo debió proceder siempre como ahora. Se trataba de ti. ¿Pensó que yo podía oponerme? ¡Qué idea tiene de lo que debe hacerse! Si yo procediera lo mismo; si sólo tomara en cuenta lo que él puede pensar de mí...

MARQUES.—Serías siempre lo que debes ser; lo que eres.

ROSARIO.—No; sería una mujer sin corazón, incapaz de sentir con verdad; como él quiere que sea; como no puedo ser.

MARQUES.—Ni él tampoco, aunque se lo proponga. La prueba es que al ver este retrato no se le ha ocurrido cosa mejor que buscar a Carlos para saber la verdad, sea como sea...

ROSARIO.—¿A Carlos? Y a mí, ya lo ves, ni una palabra, ni una queja, ni una duda; correcto siempre. ¿Yo qué le importo? Le importa la ofensa del amigo, la opinión de la gente; de mi, nada. ¿Qué piensa de mí? ¡Si hasta me cree capaz de haberle ofendido!

MARQUES.—Habéis jugado con vuestro corazón como dos chiquillos; no debiste ir sola a casa de Carlos.

ROSARIO.—¿No le pareció ridículo que yo me ofendiera al proponérmelo? Si hubiera ido sola, ¿quién me hubiera llevado?

MARQUES.—Sí; el despecho, los celos, una locura... Pero yo estoy seguro de que no fuiste sola.

ROSARIO.—Tú, sí; él, no.

MARQUES.—No lo cree tampoco, y ya ves que le importa saberlo.

ROSARIO.—Muy lejos ha ido a preguntarlo; yo estaba más cerca.

MARQUES.—Temió ofenderte; temió que pudieras decirle... eso: que él tenía la culpa.

ROSARIO.—Temió, temió... ¿Y tú crees que puede vivirse así, temiendo siempre ofendernos, molestarnos, no afrontando nunca la verdad, buscando mil rodeos para disfrazar los sentimientos? El me obligó a ocultar lo que había de verdadero y de grande en mi cariño; no quiso aceptarlo... Ahora que dude, que acepte la mentira... Nunca sabrá de mí la verdad.

MARQUES.—¡Rosario!

ROSARIO.—Mi resolución es decisiva. Cuando me llamaste escribía a mi tía Flora; quiero salir de Madrid con ella por una temporada... en apariencia; al fin para siempre.

MARQUES.—Pero ¿has podido pensar...?

ROSARIO.—Una separación correcta es lo mejor. ¿Lo dudas? Aquí está Flora; mira qué poco ha tardado al recibir mi carta.

ESCENA VII

Dichos y Doña Flora.

ROSARIO.—¡Tía de mi alma!

FLORA.—¡Hija mía! Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido? Algo muy grave para que tú pienses en una cosa así. ¡Jesús! ¡Una separación! ¡En nuestra familia nunca se han visto estas cosas! Esto es cosa de ustedes.

MARQUES.—¡Señora!

FLORA.—¿Es que se ha enterado tu marido de lo de anoche?

MARQUES.—¿El abanicazo?

FLORA.—Muy bien merecido, porque esa niña es muy insolente. Después de lo pasado, cartearse con tu marido, burlándose todavía de esta criatura. Tu marido se habrá puesto por las nubes; habrá dicho que no tenemos educación ni podemos vivir en sociedad...

MARQUES.—No ha dicho nada, señora.

FLORA.—Recibí tu carta y eché a correr. Hoy había tenido un almuerzo de viudas. Catorce viudas juntas. Estábamos todas tan alegres...

MARQUES.—¿De verse juntas o de verse viudas?

FLORA.—Déjese usted de bromas. Dígame usted, dime tú, ¿qué ha sucedido aquí?

ROSARIO.—Soy muy desgraciada.

FLORA.—¿Porque tu marido no te quiere?

MARQUES.—¿No ha de quererla, señora?

FLORA.—Bueno, ¿porque tú no le quieres a él?...

ROSARIO.—¡Porque le quiero con toda mi alma! ¡Soy muy desgraciada!

MARQUES.—Estaba seguro de ello.

FLORA.—Pues con los méritos de su hijo de usted para que le quieran... Y desengáñase usted, todas las mujeres llevamos una novela en la cabeza, y si nuestro marido no sabe ser el protagonista...

MARQUES.—Tiene que contentarse con ser el editor, ¿no es esto? *(A Rosario.)* Pero ¿tú crees que Agustín no te quiere? ¿Que puede no querer a su Rosario?

ROSARIO.—Sí, a la suya, a la que no conoce; pero a mí, a la verdadera, no.

MARQUES.—No digas eso; Agustín sabe que eres muy buena.

ROSARIO.—*Muy* buena, sí; eso dice; como si dijera: qué rubia tan bonita es mi mujer. ¿Debía agradecerle ese elogio, que demuestra que ni siquiera me ha mirado?... ¿Rubia, cuando soy morena?... Pues lo mismo conoce mi corazón. El dice: Rosario es muy buena, muy buena; pero esa bondad no es mi bondad; es la que yo no puedo fingir más tiempo, porque me ahoga tanta mentira.

FLORA.—Tu marido.

ESCENA ULTIMA

Dichos y Agustín.

MARQUES.—Agustín, estamos en familia; tenemos que hablar seriamente.

AGUSTIN.—A eso vengo. *(A Rosario.)* Cuando recibiste los retratos, ¿por qué no me enseñaste esta otra prueba?

ROSARIO.—¡Oh!

FLORA.—A ver... Nuestro grupo. ¡Jesús! No me ha favorecido nada.

MARQUES.—Pero, ¡cómo!, ¿usted...?

FLORA.—Sí, fuí con ella, a riesgo de disgustar a éste, y nos hicimos este grupo, abrazaditas las dos..., lo más cursi posible; pero esta vez ha sido a propósito...

ROSARIO.—¿Y has necesitado preguntar a nadie para tener la seguridad de que yo nunca hubiera ido allí sola?

AGUSTIN.—Si no quisiste que lo creyera, ¿por qué dar apariencias de grave falta a ese recurso ridículo de comedia cursi? La mujer celosa que quiere dar celos a su marido... ¡De qué buen gusto es todo esto!

ROSARIO.—¡Basta! Dime si hice bien o hice mal; no me digas si fuí cursi o si fuí distinguida.

AGUSTIN.—Sí; hiciste mal, muy mal. ¿Quieres oírlo? Tus celos, tus nerviosidades de niña mimosa, son ya insoportables.

ROSARIO.—No tendrás que soportarlas más. Mi tía

Flora piensa pasar una temporada en el campo. ¿Me permitirás que la acompañe? Necesito dar descanso a mis nervios, como tú dices.

FLORA.—¡Rosario!

AGUSTIN.—¿No se te ha ocurrido otra cosa? Una separación, ¿no es eso? Ahora que hemos dado tanto que hablar por culpa tuya, para que todo el mundo creyera lo que no es, para ponerme más en ridículo. Ahora no saldrás de Madrid, te lo aseguro. Hagan ustedes comprender a Rosario que no debe pensar en eso.

MARQUES.—No; yo, no. Rosario tiene razón.

AGUSTIN.—¿Eh?

FLORA.—Dice usted...

MARQUES.—Sí. ¿Para qué disgustos, para qué mortificaciones? En vista de que el matrimonio sólo tiene por objeto poner bien una casa; obsequiar a los amigos invitándoles a comidas, excursiones, etcétera; en vista de que Rosario no ha sabido apreciar la bondad de tu distinción, ni tú la distinción de sus bondades, lo mejor es que imitéis el ejemplo de mi cuñada Valentina y de su marido: una separación amistosa, correcta; Rosario se marcha con su tía una temporada; cuando ella vuelva a Madrid, te marchas tú; la casa, que es lo importante, no se deshace, y con dos meses que paséis juntos al año en cualquier hotel de balneario o de playa a la moda, es bastante para que la gente no se de por enterada. ¿Qué os parece?

FLORA.—Pero, Marqués, Marqués...

ROSARIO.—¡Tía de mi alma!

MARQUES.—¿No es lo mejor? ¿Para qué habéis de vivir contrariados? Además, tú quieres a otra.

AGUSTIN.—No es verdad.

MARQUES.—Rosario lo cree... Además, Rosario también quiere a otro.

ROSARIO.—¿Qué dices?

AGUSTIN.—¡Rosario!

FLORA.—Pero usted se ha vuelto loco, Marqués.

MARQUES.—Yo sé lo que me digo: quiere a otro...

ROSARIO.—¡Ah!

AGUSTIN.—¿Rosario? No; es mentira; dí que es mentira; entonces tus celos, todo lo que yo creí cariño, todo

mentira; te has burlado de mí, no como niña mimosa: como una mujer falsa, que finge celos porque es más fácil que fingir cariño...

ROSARIO.—¡Agustín!

AGUSTIN.—¡Y yo que me sentía orgulloso, y por eso quizá me burlaba al verte celosa; yo, que después, al creer que sólo tratabas de despertar mis celos, llegué a sentirlos, a pesar mío, y antes, créelo, cuando vi ese retrato, cuando pensé siquiera que tú..., comprendí que se pudiera pegar a una mujer!

ROSARIO.—¡Oh!... ¡Agustín, Agustín de mi alma!

AGUSTIN.—Rosario, ¡no es verdad, no es verdad!

MARQUES.—¿No te decía yo que quería a otro? Ya lo ves, ya eres otro; a éste quería ella.

ROSARIO.—A ti siempre, seas como seas. Porque nos unieron conveniencias sociales, pensaste que yo no podía quererte más de lo que tú acaso me querías. No; yo no sacrifiqué ningún ideal al unirme contigo; me uní a ti lealmente, sin otro ideal que conseguir tu cariño para siempre, porque eres el único hombre a quien he querido, porque soy tu esposa y porque soy honrada.

AGUSTIN.—Porque eres muy buena.

MARQUES.—Distinción del alma que bien vale todas las distinciones de la moda.

FLORA.—Convéncete. Lo bueno nunca es cursi.

AGUSTIN.—Alguna vez, querida tía. ¿Me permites la última broma?

FLORA.—¿Por qué no?

AGUSTIN.—Por ejemplo: esos pendientes que llevas son muy buenos, muy buenos, pero...

FLORA.—¿Son cursis? Desde el día de su boda no se los quitó nunca mi madre. ¿Puedo llevarlos?

ROSARIO.—¡Oh! ¡Ya lo creo!

FLORA.—Y hoy, que es el verdadero día de vuestra boda, se los ofrezco a Rosario. ¿Le permitirás que los luzca?

AGUSTIN.—Sí; querida tía, perdona; dices bien: la bondad nunca es cursi.

MARQUES.—¡Qué almuerzo de divorciadas se ha perdido usted!

FLORA.—Pero aún temo...

MARQUES.—¿Teme usted?

FLORA.—Si Agustín habrá visto estos días a alguna persona distinguida muy amartelada con su mujer, y será éste el último figurín...

ROSARIO.—Sí, será el último. ¿No es verdad?

AGUSTIN.—El último. Mañana almorzaremos en tu casa; pero los cuatro solos.

FLORA.—¿Lo ves? Todavía tiene miedo a lo cursi.

AGUSTIN.—No; asistiré a tu primera reunión. Quemo mis naves...

MARQUES.—Y ahora que la moral se ha salvado, como en las comedias cursis...

FLORA.—Sólo nos falta pedir el aplauso.

TELÓN